

**Santa Anna**

**Santa Anna:**  
**Bajo el Mando del General**

Escrito por James W. Spence

Editado por Matthew Gordon Moscato

Traducido por Rocío Gómez

Harvest Sun Press, LLC  
Las Cruces, New Mexico

# Índice

1. El Presidente Está Muerto
2. El Niño Antonio
3. Los Benditos Gallos
4. Cambiando de Filosofía
5. El Doctrino Monroe
6. El Cura y el General
7. Las Frutas de la Victoria
8. El Comerciante y el General
9. Manga de Clavo
10. Sirviendo a Nuestro Señor en Puebla
11. El Arzobispo y las Poinsettias
12. El Emperador
13. El Mundo Según Cervantes
14. El Plan de Casa Mata
15. En Camino a Xalapa
16. Defendiendo Veracruz
17. El Diplomático Reacio
18. Ingresos
19. Las Peleas de Gallo
20. Yucatán
21. Cuba
22. Más Ingresos
23. Por el Amor del Dinero
24. Una Rebelión en Defensa Propia
25. Huyendo
26. Rodeados
27. Milagro
28. La Llegada de los Españoles
29. Aprovechándose del Momento
30. Un Héroe Nacional
31. Esclavitud
32. Una Visita de Bustamente
33. Cayendo en Tentación
34. El Plan de Xalapa
35. Confianza
36. Enamorado
37. Inquietud
38. Los Estados Unidos
39. Noticias del Hogar
40. Una Pista del Futuro
41. Texas
42. El Reformador Liberal
43. Rojo y María
44. Tormentas
45. El Dictador

46. Extranjeros
47. Reunidos
48. Atrocidades
49. San Jacinto
50. Epílogo

## Bibliografía

## Lista de Menciones

## Capítulo Uno

~

### El Presidente Está Muerto

1876: Antes que los días secos y amarillos se asentaran para siempre en el valle de la Ciudad de México, un sol caliente pero benévolo marchó su procesión gradual por el azul de arriba en la tarde de verano; mientras en la tierra una pala oxidada, media llena, volteó la tierra sobre un ataúd de pino. Un sacerdote vestido de negro terminó su oración breve y cerró su Biblia. Asintió la cabeza con compasión hacia los miembros de la familia parados al lado de la tumba; sólo cinco personas habían asistido al entierro, lo cual tenía una semejanza a un funeral de vagabundo. El sacerdote no había conocido al difunto y ya estaba pensando en la caminata de regreso a su iglesia.

En la costa oriental de México el siguiente día en la ciudad de Veracruz, Francisco Moya le saludó al Padre Noriega y se acercó con su sonrisa radiante de siempre. Francisco todavía tenía dientes brillantes, la clase que verdaderamente merecían las observaciones frecuentemente hechas por sus relaciones en asombro silencioso. Distinto de sus compatriotas de la misma edad, estaba mucho orgulloso en la condición de sus dientes y se los había cepillado varias veces cada día desde niño. Mientras que sus dientes estaban preservados, en lo demás Moya estaba empezando a tomar la apariencia de un hombre ya mostrando su edad. Su cara, atractiva antes, había desarrollado arrugas y pliegues. El pelo negro brillante de su juventud se había escarchado con gris blanqueado, pero seguía tan grueso como siempre. Quizás lo más lamentoso era la desaparición lenta del cuerpo firme y muscular de que estaba completamente inconsciente en su juventud, a pesar de los vistazos admirantes de unas mujeres bellas. Como las figuras ágiles y florecientes de esas mujeres vagamente recordadas y la entrega inevitable de sus cuerpos mortales a los elementos, Mucho de su propio cuerpo viril se había decaído también. La progresión, o mejor la digresión, continuó de allí. Después que llegó a la edad de cincuenta, Francisco empezó a fijarse en su panza expansiva, a pesar de sus esfuerzos de no consumir tanto. La gordura adicional no fue resultado de solamente los caprichos de gravedad y del tiempo. En años recientes, con las indulgencias aumentadas en comidas y bebidas, había añadido varias pulgadas a su cintura.

Cuando llegó a su edad actual de los sesenta y siete años, Francisco Moya era conocido en los círculos de contrabandistas más precarios como comprador de los productos más finos. Aunque el negocio en contrabando podría ser lucrativo, ningún hombre en México sabía precisamente la magnitud de la riqueza personal de Moya. Por muchos años ya, había mantenido su ropa estrictamente común, rara la vez que variaba de una camisa blanca o azul limpia pero barata, que normalmente no se molestaba a meter a sus pantalones cafés para esconder su peso excesivo. Con intención no daba señal de su éxito económico, mientras que decía nada para afirmar o contradecir esa percepción particular, su sombrero en jirones daba la impresión de no ser un hombre con recursos económicos.

La tarde era caliente y húmeda en Veracruz cuando Moya entró con su amigo viejo, el Padre Marcelino Noriega. Ya dentro la oficina del padre, Moya aflojó los hilos y metió la mano a su bolsa que había echado en su hombro. Sonriendo, produjo dos botellas de Bordeaux que había guardado de la transacción del día más rentable. El padre levantó una ceja y sonrió cuando Moya sacó el corcho y llenó dos copas que el padre había proveído en anticipación de las bebidas. Doce años mayor que Francisco, el padre era un hombre excepcionalmente alto por su edad.

Nació en Xalapa, México en 1796 en una familia de herencia interracial, Noriega todavía favorecía su herencia europea sobre su sangre un cuarto Azteca. Su nariz era aguda y estrecha bajo un par de ojos entrecerrados pero perceptivos, y sus labios delgados cerraban sobre su boca pequeña y arrugada. Su padre siempre insistió en buena postura cuando Marcelino era niño, y la apariencia del sacerdote todavía proyectaba esa dignidad y confianza instruida hace mucho tiempo.

Por más de cincuenta años de esfuerzos en difundir el evangelio, el cura y su ministro siempre beneficiaban de la buena fortuna y el negocio de Moya. Francisco siempre suministraba al cura con recursos cuando observaba una necesidad.

—Siéntate, amigo —dijo el padre después de probar el vino—. Recibí noticias muy tristes hoy.

Moya asintió sin expresión. —¿Noticias tristes? ¿La Iglesia por fin recobró sentido y lo excomulgó?

El Padre Noriega hizo pausa. —No, amigo, mis noticias son verdaderamente tristes.

Moya sorbió un poco del Bourdeaux sin prisa. Ya estaba acostumbrado y a veces entretenido en cómo Noriega alargaba tales momentos. Moya se sentó en una silla vieja y esperó.

—¿Y?

—El Presidente está muerto —dijo el padre por fin.

—¿En serio? —dijo Moya con tristeza en su voz.

—Sí, murió hace dos días en la Ciudad de México.

Moya se reclinó en su silla y fijó su vista en el crucifijo solitario en las paredes en blancas: —El Presidente está muerto —murmuró unas veces para entender un poco más. Francisco por fin se enfocó otra vez y miró al padre, su amigo más viejo y más estimado. Bebió un sorbo de vino otra vez—. ¿Cuántos años tenía?

—Tenía como dieciséis años más que tú, amigo. Casi la misma edad que yo; eso sería cerca de ochenta años.

—El Presidente está muerto —dijo Moya otra vez, moviendo la cabeza con incredulidad.

—Lo enterraron ayer. Me dijeron que había menos de diez personas allí.

Ambos pensaron por unos momentos en este hecho no sorprendente.

—Ya no lo consideraban una persona importante —observó Moya.

El padre asintió con la cabeza y fijó su mirada en el vaso. —No, ya no por mucho tiempo —dijo de acuerdo—. Muchos mexicanos están bastante viejos para recordar su odio contra él.

—Menos unos texanos, muy pocos gringos saben algo del Presidente para odiarlo.

El padre no estaba sorprendido en oír esta verdad.

—He aprendido que cuando los gringos oyen el nombre Santa Anna —continuó Moya—, saben solamente de su tiempo en Texas. Es más, tienen un dicho muy famoso que se repite por todo el país pero que se debe a Santa Anna.

—Recuerda el Alamo —sospechó el Padre Noriega.

Moya consintió antes de beber un sorbo de su vino otra vez. —Me acuerdo de cuando lo vi en su alojamiento allí en Texas, sólo unos días antes de tomar el Alamo por asalto.



Cuando Coronel Jaramillo acompañó a Francisco al alojamiento de Santa Anna en San Antonio en 1836, le hizo seña al joven Francisco que se sentara en el cuarto de enfrente. El coronel pasó por el pasillo a la habitación de Santa Anna. En los momentos antes que el coronel anunciara la llegada del joven, él y Francisco oyeron el ruido distinto de golpes rítmicos junto con gemidos y

sonidos de colchón que rechinaban, todos viniendo, por supuesto, de atrás de la puerta de Santa Anna.

—¿Ya despertó de su siesta, General? —Jaramillo preguntó volteando a ver a Moya y apenas empezando a notar los ruidos reveladores. Cuando se dio cuenta del origen y del tipo de ruidos que oía un instante demasiado tarde, Jaramillo inmediatamente se arrepintió de hablarle a su comandante. Mientras, Francisco disimuló su risa en cómo se desarrollaban las cosas.

Los ruidos sensuales que venían de dentro pronto cesaron. Segundos después, el General Antonio López de Santa Anna de cuarenta y dos años abrió la puerta. Estaba desnudo de la cintura a los pies. —¿Qué pasa Jaramillo? —preguntó con un tono lleno de fastidio—. ¿No oyes que estoy ocupado aquí? —Señaló hacia la niña de quince años acostada en la cama detrás de él. Estaba acostada en su espalda y todavía jadeando. La niña estaba completamente desnuda y no avergonzada, mientras que Jaramillo la admiró desde lejos.

—Perdone, General —la mirada de Jaramillo se fijó en la niña por un poco más—. Pero tiene visita —explicó, regresando sus ojos a su general.

Un fuego impaciente se prendió en los ojos oscuros de Santa Anna. Con su pelo negro enmarañado y despeinado arriba de una frente que brillaba con sudor, Santa Anna entrecerró su mirada en su coronel. El general forzó sus palabras por dientes apretados. —Dile que venga al rato.

—Es Francisco Moya, General —dijo Jaramillo.

—¡Francisco Moya!

Santa Anna lo pensó, regresando su vista a la jovencita en la cama, quien estaba recobrando su aliento y sonriendo a los hombres en la entrada. Santa Anna se volteó hacia Jaramillo y encogió los hombros con una sonrisa. —Dile que me espere mientras que me pongo los pantalones —instruyó el comandante.

Santa Anna cerró la puerta y se dirigió a la niña. —María, te puedes vestir por ahora. Ya Terminamos al rato —le prometió con un pestañeo.

Pronto después, el general entró a la sala y le dio las bienvenidas a su visita. — ¡Francisco! ¿Cómo estás, m'ijo? —Se acercó a abrazar a Francisco, quien se levantó de su silla.

—Estoy muy bien, General. Sí, muy bien, gracias —sonrió Moya y sacó un cigarro cubano de su bolsillo—. Le traje esto, General.

Santa Anna miró a Jaramillo y se rió en voz alta. —Es un niño bueno, Coronel, ¿no? Jaramillo estuvo de acuerdo. —Me dio uno también.

—¿Le diste mi otro cigarro a Jaramillo? —Su indignación fingida se calmó y los tres se rieron.

Después de una pausa, la expresión de Santa Anna cambió. —Ahora dime, Francisco, ¿qué sabes de estos traidores que estamos peleando aquí en Texas?

Francisco trató de no hacer muecas. —No sé mucho de la política aquí —le dijo—. Creo que ni puedo darle información precisa, General. Creo que usted sabe más de la situación que yo.

Los tres hombres oyeron pasos ligeros entrando desde el pasillo. María sonrió tímidamente cuando llegó a la puerta de la sala, y pronto los pasó en camino a la cocina. Llevaba un camisón blanco y opaco que revelaba todo a los hombres. Se sirvió un vaso de agua del cántaro y admiró a Francisco, quien le daba su atención al general.

Saboreando el olor de su cigarro, el general mordió la punta de su cigarro y la escupió al suelo. Incendió la punta y sopló una nube de humo que dominó el aire del cuarte por un momento y poco a poco se disipó en el aire. Antes que reanudara la conversación, los hombres tomaron un momento a mirar la figura ligera cubierta de gasa que regresaba por el pasillo y se ocultó detrás de la puerta cerrada de la habitación.

Santa Anna sonrió con apreciación por el sabor cultivado del tabaco. Por un rato más hablaron, de familia, su amigo mutual, el padre, y lo que estaba pasando en Texas también, pero el general podía ver que Francisco estaba incómodo con las preguntas de los rebeldes. —Pues, no es crítico que yo tenga información precisa de los traidores. Yo simplemente los voy a aniquilar. Estos texanos no son buenos soldados.

Entonces mirando a Francisco y Jaramillo, Santa Anna exhaló y declaró: — Recientemente, fui preguntado por unos de los ministros visitantes de naciones europeas qué haría si descubriera que los hombres llegando aquí a combatirnos fueron traídos aquí con la ayuda del gobierno estadounidense. ¿Saben lo que les dije?

Moya y Jaramillo negaron con movimientos de sus cabezas.

—Les dije que si descubriera evidencia conclusiva que esto era el caso, no pararía en Texas, pero seguiría hasta Washington, D.C. y plantaría la bandera mexicana allí —ostentó el general.

Francisco aprobó con la cabeza cuando vio con el rabillo del ojo a Jaramillo que movía la cabeza con entusiasmo. Se enderezó y preparó su partida. —Ya sé que está ocupado, General, y tengo que regresar a la hacienda ya. Pero tenía que verlo. Ha pasado mucho tiempo.

Santa Anna se arrimó para abrazar a Francisco. —Ten cuidado con quién te asocias aquí en Texas, Francisco. Ya has visto mi campamento, los traidores van a pensar que estás espionando para mí.

—Tendré cuidado, General.

Jaramillo estrechó su mano a Francisco y le dio las gracias por el cigarro.

—¿Todavía le estás escribiendo cartas al Padre Noriega? —preguntó Santa Anna haciendo su camino hacia el pasillo a María.

—Sí, General. Le mandé una carta en Octubre. Creo que ya es tiempo que me llegué una carta del padre.

El general movía su cigarro con confianza, dejando un hilo de humo en el aire. —Cuando le escribas, dile que estaré en Manga de Clavo antes del fin de primavera.

—Le diré. Adios, General.

Después que se fue Moya, Santa Anna se dirigió a Jaramillo. —En una hora, manda por Almonte. Quiero hablar estrategia con él esta tarde. —Con la salida de Jaramillo, el general caminó por el pasillo hacia su habitación donde su conquista más reciente lo esperaba.

Santa Anna y sus soldados estaban afuera de las paredes del Alamo en San Antonio unos días después. El general estaba en un puesto más allá del campo de tiro para las armas de los texanos y estaba gritando sus órdenes desde la silla en su caballo blanquísimo. Sus soldados estaban disparando cañones otra y otra vez, y la percusión de las explosiones era ensordecedora. El sitio de trece días apenas estaba empezando. Los cañones, el rodeando de los rebeldes de los soldados mexicanos para cortar sus refuerzos, y la banda de cobres tocando los sonidos burladores de «*El Degüello*», un refrán sin compasión expresando el acto de cortar la garganta de un oponente; todo esto era sólo el comienzo de la batalla.

En el último día, después de advertirles bastante con su bandera sangrienta de entregarse o morir, Santa Anna observó, mientras enfrente del Alamo, otro ataque peligroso por parte de la infantería mexicana que por fin tuvo éxito contra la estructura no muy bien cuidada. Después que unos cuantos soldados lograron subir por las escaleras recargadas contra las paredes de la fortaleza, las puertas fueron abiertas de adentro por mexicanos.

En cualquiera dirección, la escena era horrorosa. Los cuerpos de soldados mexicanos muertos estaban regados afuera de la misión que pronto se conocería por todo el mundo como

«el Alamo». En menos de una hora, los cadáveres de texanos muertos y mexicanos muertos cubrirían la interior de la misión también.

Antes que empezara el ataque en la misión, Santa Anna les ordenó a sus oficiales que ningún cuarto se diera, y, cuando los mexicanos abrieron brecha en las defensas texanas, ningún cuarto se dio. Los texanos encontrados vivos en el Alamo fueron matados uno por uno. Búsquedas de cuarto a cuarto precedieron fusiladas, hasta que todos los rebeldes fueron exterminados.



En la compañía de su amigo viejo, el Padre Noriega, Francisco siguió pensando en la muerte reciente de Antonio López de Santa Anna, cuarenta años después de su visita breve en San Antonio.

—Me pregunto si su esposa estaba con él cuando murió —meditó el padre—. No, no creo.

—Ah, la bella María Dolores Tosta —reconoció Moya—. Sin duda, ella sí estaba muy bonita.

—Sí. Muy bonita y muy joven.

—¿Cuántos años tenía María cuando se casó con Santa Anna? —preguntó Moya.

—Quince.

—Quince años —suspiró Moya—. Sabes siempre buscaba muchachas de quince años. Es más, la niña que tenía en el Alamo también se llamaba María. Creo que no pudiera haber tenido más de quince años tampoco. —Moya entonces recordó la memoria de aún otra María—. Quizás tenía una obsesión por jovencitas llamadas María.

El padre asintió sin decir nada.

—¿Y el Presidente? ¿Cuántos años tenía él cuando se casaron? —preguntó Moya.

El padre tomó un sorbo pensativo de su vino francés. —Creo que el Presidente tenía unos cincuenta cuando se casó con María Dolores.

—Y como su consejero espiritual, ¿qué le dijo usted cuando el Presidente declaró sus intenciones de casarse con una niña treinta y cinco años su menor?

—¿Qué podía decirle? Le pregunté, «¿Cuándo es la boda?»

—Pienso que mis primeros recuerdos del Presidente vienen de mi padre. Mi padre siempre me decía cómo le llevaba a la familia del Presidente su agua todos los días. Él conoció a Santa Anna cuando era el aguadero para el padre de Santa Anna.

—Tu papá era el aguadero de mi padre aquí en Veracruz también—se recordó el padre—. Eso fue hasta que el Presidente se llevó a tus padres y a ti a su hacienda cerca de Xalapa para trabajar para él.

—Mi papá hablaba mucho de esos días —dijo Moya—. Le gustaba recordar. Mi padre también dijo mucho de los problemas que la familia tuvo con el Presidente cuando era niño.

## Capítulo Dos

~

### El Niño Antonio

Los llanos costeros arenosos de la ciudad de Veracruz eran calientes y húmedos, aún en un día nublado de otoño. Distinto a los climas tropicales lluviosos de la región que quedaban colgados cerca de las bases frescas de las montañas, Veracruz era baja y rodeada por dunas y pantanos

sofocantes. Pero la arquitectura colonial, las calles y las plazas comisionadas, y la civilización entera habían logrado la domesticación en 1806.

Mujeres llevaban canastas para comprar su fruta, jóvenes se juntaban en el puerto para el trabajo y el comercio, y un hombre ya mayor de edad con una carreta llena de varias líneas de cántaros de agua llegó a la escuela y les gritó a dos niños que se peleaban en la tierra. Uno de ellos era el hijo de un cliente favorito.

—Antonio, ¡deja a ese niño y suéltalo! —mandó el padre de Francisco cuando se arrimó.

El joven Antonio López de Santa Anna volteó a ver al aguadero de su padre y cumplió de mala gana con su deseo, después de darle un puñetazo más a su adversario. El otro niño hizo mueca y se limpió la sangre de la esquina de su boca cuando se paró. Derrotado y sus ojos llenándose de lágrimas, inmediatamente corrió en la dirección opuesta de donde venía el hombre.

—¿Por qué estás peleando cada rato, Antonio? —le preguntó Francisco Moya Padre exasperado, mirando al niño Antonio con amonestación—. ¡Te vas a ir a la cárcel cuando crezcas si solamente sabes pelear! Debes pasar más tiempo estudiando tus lecciones y leyendo los clásicos para que seas un hombre importante un día. Si vas a ser comerciante rico, ¡tienes que dedicarte a tus estudios y dejar de ser peleonero!

Antonio miró hacia la tierra y roló sus ojos.

—Ahora quítate la tierra y ven conmigo. Tu mamá y tu papá van a estar muy enojados si descubren qué travieso anduviste hoy.

—¿No les va a decir? —preguntó Antonio, rogando por piedad.

Moya negó. Su respuesta pronto recibió una sonrisa de Antonio. —No, mi amiguito —le dijo y le sobó la cabeza al niño de doce años—. Pero pronto separan cómo te estás portando, si solamente andas peleando.

Después de una pausa, Moya añadió: —Sí nos preguntan, les decimos que te ensuciaste tu ropa cuando me estabas ayudando con el agua.

Antonio no estaba poniendo mucha atención en las palabras tranquilizantes, ya que había recibido la promesa de discreción. Así, ya estaba pensando en cómo le iba a administrar otra paliza a su oponente el siguiente día.



Cuando el padre de Antonio por fin aceptó el desinterés de su hijo en sus estudios y en hacerse un comerciante, se conformó con la disciplina que creía asegurada en la matriculación de su hijo en una academia militar. Antonio era maduro para su edad y le dijo al oficial de ingreso que tenía dieciocho años; cuando en realidad, tenía solamente dieciséis.

En el otoño de 1810, Antonio estaba firme en la oficina del comandante. El comandante tenía un bigote bien cuidado y estaba vestido en uniforme. Caminó alrededor de Antonio, examinándolo con sospechas de pie a pelo.

—Antonio —dijo el Comandante Julio García con un tono acusatorio—. Unos cadetes me han dicho que eres corrompido. Dicen que eres un tramposo en los exámenes y que haces trampa en el entrenamiento de campo. ¿Cómo respondes a estos cargos?

—¿Quiénes son mis acusadores? —preguntó Santa Anna—. Deje que ellos se presenten y me digan estos cargos a mi cara, señor.

El comandante hizo pausa y frunció el ceño. —Entiendo tu argumento, Antonio. Tus acusadores no tienen suficiente evidencia contra ti. Pero debo advertirte que tenemos nuestra propia manera de administrar la justicia en el servicio militar. Cuando regreses de tu permiso, te

voy a estar vigilando, López de Santa Anna. Si violas tu juramento de honor, te castigaremos severamente.

—Sí, señor —asintió Antonio.

—Puedes retirarte —dijo el comandante, regresando a su escritorio.

Antonio dio un saludo y salió de la oficina del comandante. Cuando él salía, el paramilitar del comandante entraba. —¿Comandante? —le dijo a García.

—Nada —dijo García y negó—. Es demasiado listo para admitir una ofensa. Tendremos que agarrarlo nosotros. Ha manipulado, forzado, o intimidado muchos de sus cadetes que pudieran ser nuestros testigos contra él. Lo único que tenemos contra él son chismes.

Los dos oficiales miraron por la ventana y miraron a Antonio riéndose y burlándose con un par de cadetes en la yarda polvorienta.

Antonio estaba sentado calladamente en una silla en el patio de la casa de su padre en Xalapa unos meses después. Esperó la respuesta de su padre al anuncio de su tarea militar más reciente.

—¿Cuánto tiempo hasta que regreses a casa y estés lejos de tus deberes, m'ijo? —preguntó su padre.

—Hasta unos cuantos días después de la Navidad —contestó Antonio.

—Ah. . . ¿Quieres una taza con agua, m'ijo? Moya acaba de traer agua fresca justo antes que llegaras.

—Mi amigo viejo, Señor Moya. ¿Cómo está?

—Está muy contento: ya tiene hijo.

Antonio sonrió. —¿Nuestro aguadero por fin tiene hijo? Ya debe de tener unos cincuenta años.

—Casi. Creo que tiene cuarenta y siete ya, y su esposa no está mucho más joven. Es demasiado tarde en la vida para que la Señora Moya sea nueva madre, pero el chiquito Francisco nació hace casi cuatro meses. Era un niño muy bonito, y su madre parece que está bien. Vi al niño el otro día con su madre. Va a ser un niño muy bueno, y su madre y su padre están muy orgullosos.

—Quizás será un comerciante un día, Padre —respondió Antonio.

—Quizás. Siempre quería yo que tú fueras un comerciante.

Antonio encogió los hombros: —Estoy haciendo lo que quiero hacer ahora.

—¿Dónde será tu primer deber militar, hijo?

—Creo que iremos al norte hasta Texas al otro lado del Río Grande. Hay insurgentes allí que andan causando problemas para la Corona Española. General Arredondo nos ha asegurado que cuando agarremos estos rebeldes, no les tendrá piedad.

—¿Y qué es tu opinión del General Arredondo, Antonio?

—Lo admiro mucho, Padre. Es un hombre que requiere el respeto de la compañía entera.

Pronto llegó el último día de su permiso y se estaba despidiendo de su madre y su padre unos días después, cuando el aguadero, Francisco Moya Padre, llegó enfrente de la casa con la entrega diaria de agua fresca. Sonriendo, Francisco abrazó a Antonio. —¿Cómo está, mi amiguito? —preguntó el Moya mayor. Entonces, corrigiéndose, añadió: —Ya no estás tan chiquito.

—Estoy muy bien, Señor Moya. Me platican que hay un nuevo Francisco Moya en este mundo.

—Sí señor —dijo Moya con orgullo—. Espero que sea un comerciante un día, ya que tú vas a ser general —añadió, volteando a ver al padre de Antonio.

—Seré un general un día, —alardeó Antonio—. Y cuando sea general, tú serás mi aguadero personal, Señor Moya.

—Ése será el día. Sería un honor servirlo, Don Antonio.

Al subirse a su hermoso caballo blanco fuerte y joven que había ganado recientemente en un juego, su padre le habló. —Estamos sintiendo los temblores de un padre que está planeando una revolución contra la Corona, m'ijo. Se llama el Padre Hidalgo.

—Fracasará —dijo Antonio con certeza en su voz—. Ésos como él y su amigo, el Señor Morelos, son desleales a la Corona y merecen muerte. —Sonrió y se despidió de Moya y de sus padres y se fue sin dilatar más.

—Dios te cuide, m'ijo —dijo el padre de Antonio en voz baja cuando su hijo partía.

—Dios los cuide —dijo Moya.

Así como predijo, un Antonio López de Santa Anna de dieciocho años estaba viajado por el terreno costero del este de México lejos del estado de Veracruz a las regiones norteñas cerca del Río Grande con tropas bajo el mando del General Arredondo.

Durante el viaje, Antonio se enteró que la variación del terreno y la topografía era severa. General Arredondo y sus tropas subieron montañas escarpadas y cruzaron tramos de desiertos inmensos en camino a batallar a Gutiérrez y a Magee, los dos hombres que estaban dirigiendo un grupo de insurgentes texanos hacia el norte del Río Grande.

Gutiérrez y Magee habían tenido éxito militar contra las guarniciones inefectivas de la Corona Española. Pero, todo cambió cuando las fuerzas del General Arredondo llegaron en el área de San Antonio de Bexar en 1812. Pronto la rebelión de Gutiérrez-Magee fue reprimida en manera brutal por General Arredondo. Los texanos eran inexpertos y simplemente no pudieron competir contra las fuerzas de Arredondo, y la victoria fue atendida fácilmente.

Bajo Arredondo, Santa Anna también participó en las campañas contra los nativos en México, o lo que era llamado en ese tiempo Nueva España. Semejante a su tratamiento de los insurgentes en Texas, las tácticas contra los indígenas eran bárbaras y sanguinarias. Era la filosofía de Arredondo de no tomar prisioneros. Nativos que mostraban resentimiento contra la dominación española eran capturados y pronto fusilados durante las campañas. Arredondo también les permitía a sus soldados que violaran, pillaran, y saquearan los pueblos indios después de sus victorias. Durante de uno de estos combates contra los indios en el suroeste de Texas en su primero deber militar, Antonio sufrió una flecha en su hombro izquierdo. Fue condecorado por sus heridas y recibió medallas por su valentía. Llevaría sus medallas de la campaña por muchos años después.

Condecorado o no, Santa Anna siempre tenía una afinidad para las señoritas, o más bien, para niñas adolescentes a quienes les prometía iniciación a feminidad. Era un hombre guapo con mentón marcado, pelo ondulado y una voz masculina y resonante. Distinto a los otros oficiales, él no se forzaba en los miembros del sexo opuesto después de las victorias militares sino prefería encantarlas. Su apariencia guapa hizo la seducción de las niñas adolescentes de los pueblitos muy fácil, y seguiría en enfocar sus esfuerzos en niñas de esa edad joven e inocente por mucho tiempo.

Mientras que Santa Anna siempre era un participante activo en el pillaje y el saqueo destructivo y reprehensible, a veces era difícil para sus socios a adivinar qué actividades de diversión Antonio prefería más. Siempre era un participante entusiástico en las conquistas sexuales, en la pelea de gallos, y en los juegos durante la época bajo el mando de General Arredondo.

Una noche, mientras que Antonio tenía puesto en el norte de Nueva España, estaba jugando y perdiendo mucho por muchas horas. Sus pérdidas durante la noche habían crecido cuando por fin dejó la mesa. Sonriendo débilmente, miró a la mesa de participantes y les dijo: — Requiero más o menos un día para juntar el dinero para pagar mis deudas. —Los otros jugadores no podían creerlo, pensando que iba a renegar en sus obligaciones.

Durante la noche cuando los otros en su compañía dormían, Antonio se metió en la carpa del tesorero de la compañía y falsificó giros bancarios para juntar el dinero para pagar sus deudas de juego. Un poco después, su crimen fue descubierto, y Santa Anna estuvo en consejo de guerra.

Según las leyes y los privilegios del servicio militar, Santa Anna estaba a la merced de sus pares. Para salvar su carrera, Antonio dependió en la amistad que había desarrollado con el cirujano de la compañía durante su tiempo en la tropa. A la larga, convenció al doctor que le avanzara el dinero para pagar el déficit, y por poco escapó desgracia completa.

### Capítulo Tres

~

#### Los Benditos Gallos

Mientras que Santa Anna manejaba sus deudas, en Washington, D.C. el Presidente James Madison se ocupaba con surtir papeles. Al acercarse un sirviente, Madison levantó su cara pálida con una cabeza blanca bien peinada. —Gracias —dijo Madison cuando el sirviente le sirvió un vaso con agua. Madison entonces se dirigió al hombre al otro lado de la mesa, el Secretario de Estado Robert Smith: —¿Qué piensa de estos reportes de Napoleón y el efecto que tendrá en la monarquía de España?

Smith se inclinó y se rascó la cabeza en un modo pensativo. Su peluca blanca se movió un poco. —Pienso que la influencia de España en el Hemisferio Oeste ya alcanzó su apogeo y está en la cumbre de un gran decline, Señor Presidente.

—¿Qué son las implicaciones para nuestro país?

—Hablé de esto con James Monroe, señor. Él cree, y yo también creo, que a lo largo va a crear una oportunidad para que los Estados Unidos llene el vacío dejado por la influencia española en este lado del océano.

—¿Quiere decir que podemos anexar las Floridas un día? —preguntó Madison.

—Sí, Señor Presidente. Las Floridas y los millones de millas al oeste.

—Entonces, ¿está de acuerdo con la visión de Monroe y lo que los problemas en Europa significan para nosotros?

—Sí, señor, estoy de acuerdo.

—¿De cuánto terreno estamos hablando en el oeste?

—Solo Texas cubre más de 360,000 millas cuadradas, Señor Presidente. Es más terreno que todas las trece colonias originales.

—Eso sí es mucho terreno. ¿Qué es la situación militar de Nueva España?

—Es cosa extraña, Señor Presidente. La Corona Española cree que hay muchas más divisiones monárquicas que nuestros agentes han podido identificar.

—¿Puede explicar las discrepancias, Señor Secretario?

—Creo que sí. Parece que una manera en que la Corona ha juntado fondos durante los años es en vender las comisiones militares a los generales, quienes entonces son pagados con estipendios pequeños para mantener sus divisiones leales a la Corona. Por cierto, no hay más de

unos cuantos generales en Nueva España que le cobran al virrey por los gastos de las divisiones que son nada más que ilusiones.

—Entonces, Fernando Séptimo, o José Bonaparte, o quién sea en Europa que está teóricamente a cargo de Nueva España cree que tiene más poder militar pro-monárquico que de verdad tiene —concluyó el presidente.

—Precisamente.

—Interesante. Sabe, quizás James Monroe tiene razón. Por favor, manténgame informado. Smith asintió con la cabeza.



1876: El Padre Noriega ya sentía la corriente tibia corriendo por su sangre, y atribuyó la sensación al clima de verano afuera y no a la primera copa de vino que justo había terminado. Inmediatamente, y a poca protesta, Francisco Moya llenó la copa otra vez. —Padre —empezó Moya cuando enderezó la botella sin tirar una gota—. ¿Cómo conoció el Presidente?

—Déjame pensar, amigo —dijo el padre y bebió a sorbos—. Era cuando regresó de Veracruz de sus campañas en el norte contra los insurgentes fronterizos y los indios. Ya llevaba tiempo con General Arredondo y también con la caballería de Iturbide por un tiempo.

—¿Anduvo con Iturbide?

—Sí, cabalgó con Iturbide cuando era soldado joven en la caballería real.

Moya vocalizó sus pensamientos con malas palabras. —Disculpe, Padre. Pero me sorprendió que anduviera con Iturbide. Yo pensaba que él odiaba Iturbide.

—No te preocupes —respondió el padre con un movimiento de la mano—. Ya te he escuchado usar esas palabras antes. Y sí, es increíble que apoyó a Iturbide al principio. —El padre recordó los días cuando era hombre joven—. Pienso que el Presidente regresó a Veracruz como un soldado condecorado en 1814 o 1815. Pero esta vez los rebeldes, el Padre Hidalgo y José Morelos, habían sido derrotados, capturados, y fusilados. Ya no había rebeldes bien organizados en México entonces. Los monárquicos contuvieron todas las rebeliones en las ciudades grandes; pero los españoles nunca pudieron controlar el campo después de Hidalgo y Morelos.

—Entonces, ¿cómo era justo antes de independencia? —preguntó Moya como el estudiante curioso y entusiástico que fue de niño.

El padre sonrió. —Nuestro primer presidente era Guadalupe Victoria. Me acuerdo de cuando Victoria estaba ocultado en una cueva.

—¿Y dónde estaba el Presidente durante la batalla por independencia?

—Peleando por los monárquicos. Estaban en control de lo que era entonces Nueva España después que ejecutaron a Hidalgo y a Morelos.

—¿Dónde estaba usted, Padre?

—Eso fue cuando yo estaba sirviendo en una iglesia de pueblito cerca de aquí —continuó Noriega—. El Presidente tenía unos veinticuatro años cuando lo conocí en la calle un día. Estaba saliendo de la frutería, y paró su diligencia y se presentó. Me enseñó sus medallas y explicó como las recibió, alardeando de cómo él y sus tropas reprimieron las rebeliones de esos desleales a la Corona Española en Texas.

—¿Qué le dijo? —preguntó Moya.

—Creo que estaba tratando de adivinar por qué me estaba contando todo esto pero fui cortés. También estaba confundido por su insistencia de extender la conversación. Era Semana

Santa, y tenía muchas cosas que hacer. —El padre miró al fondo de su copa con el vino tinto reflexionando los rayos del sol. Recordaba esa primera conversación muy bien.



—Una cosa más, Padre —dijo Santa Anna—. Quiero su bendición. —Se paró con orgullo, y sonrió esperando con sus medallas en su uniforme militar brillando en la calle asoleada.

—La tiene, Capitán Santa Anna. Tiene mi bendición más sincera —respondió el joven Padre Noriega, quien empezó a irse.

—No, Padre. No le pido su bendición para mí, pero para mi gallo peleador —explicó Santa Anna y llevó al padre hacia la jaula en su diligencia. Un gallo inquieto brincó y aleteó sus alas dentro de la jaula cuando Santa Anna metió los dedos.

—Muy bien, Capitán —dijo el padre. Puso las manos encima de la jaula, murmuró una oración rápido, e hizo la señal de la cruz. Santa Anna imitó la señal de la cruz cuando terminó el padre, y sonrió y abrazó al sacerdote con fuerza.

—Gracias, Padre. Muchísimas gracias. Ahora tendremos una gran victoria con este pájaro solamente con la fuerza de su bendición. —Santa Anna se subió a su diligencia con su paramilitar y se despidió del padre. El carro se fue con prisa, sus llantas echando una profusión turbida de polvo y tierra.

Esa noche Santa Anna apostó mucho dinero en su gallo peleador. El gallo siguió ganando una y otra pelea entre los graznidos, la neblina gris de cigarros, y el alcohol interminable. Al fin, Santa Anna le había quitado todo el dinero a los otros dueños de gallos en el ruedo, y su gallo de premio les había quitado la vida a muchos de sus mejores gallos.

Dos meses después Santa Anna visitó el pueblo donde Padre Noriega servía un tropel modesto de devotos. Para esta visita, Santa Anna llevaba cuatro gallos adicionales de pelea en jaulas. Explicó que tenía algo para el platillo, y le dijo al padre de su victoria magnífica durante la Semana Santa. Puso unos cuantos pesos en la mano del padre.

—Mis paramilitares y yo vamos a viajar de Veracruz a San Agustín de las Cuevas para las celebraciones hoy —dijo Santa Anna—. Vamos a asistir los bailes, disfrutar un poquito de música, mirar los cuetes, jugar unos juegos de Monte, tomar un poco pulque, y, por supuesto, Padre, ganar todas las peleas de gallo. Así que tuve que pasar por su parroquia otra vez, Padre, porque ahora tengo cinco pájaros más de pelea.

—Cuándo quiera —sonrió el Padre Noriega. Se acercó hacia las cinco jaulas y murmuró la misma bendición cinco veces, una por cada pájaro. Santa Anna y sus tres soldados hicieron la señal de la cruz después del padre.

Cuando Santa Anna llegó con su contingente en San Agustín de las Cuevas, los hombres fueron recibidos por el espectáculo brillante. El centro de las festividades era la plaza, que estaba viva y llena de vida. Banderas ondeaban y volaban en la brisa. Estandartes estaban colgados de los techos, la música de guitarras y de cobres zumbaba en el aire, mientras que cuetes iluminaban el cielo en undulaciones constantes. Pulque, la bebida alcohólica de la noche, se servía libremente, y la gente andaba por toda la plaza, disfrutando de la celebración con gusto. Personas de cada casta social se mezclaban, y para éstos con más recursos, licores, chocolates, cafés, y varios dulces estaban disponibles.

Santa Anna y sus paramilitares se sumergieron en la fiesta de tres días inmediatamente y gozaron de todas las diversiones. A sus gustos, habían juegos por todos lados: los dados rodaban en carpetas, y los juegos de Monte eran espectáculos con apuestas pequeñas, medianas, o

grandes. Cuando llegó la hora de las peleas de gallos durante las horas de anochecer, los pájaros de Santa Anna eran superiores. Ganaron pelea y pelea hasta que, al fin de su visita, los únicos gallos sobrevivientes estaban en las jaulas de Santa Anna. Las víctimas no tan dichosas ya estaban amontonadas, esperando ser desplumadas y sus cuerpos rojos listos para cortar en preparación para la cena. A la inversa, el viaje de regreso para Antonio López de Santa Anna era un triunfo. Conquistó la fiesta de San Agustín de las Cuevas.

## Capítulo Cuatro

~

### Cambiando de Filosofía

Francisco Moya llenó su copa de vino otra vez y continuó la conversación con curiosidad: —Me pregunto a veces del Presidente durante la independencia. Por ejemplo, ¿cómo sobrevivió el Plan de Iguala si estaba peleando por la Corona Española?

—Ah sí, el Plan de Iguala. Eso, también, es buena historia. Pero primero tienes que entender la condición del país bajo los españoles para mejor entender al Presidente.

Francisco escuchó.

—La Corona dominó Nueva España por doscientos y cincuenta años antes del Plan de Iguala —dijo el padre—. Había un orden racial y étnico en la sociedad que era apoyado por la monarquía española, y todavía se ve lo que queda de ese sistema de casta en México hoy. Ésos que nacieron en España eran gachupines —explicó el padre—. Gachupines fueron dados casi todas las posiciones políticas de poder en Nueva España por la Monarquía Española. Cualquiera nacido en lo que ahora es México era esencialmente un colonial de segunda clase. Hasta éstos de sangre española pura pero nacidos en Nueva España eran españoles de segunda clase, y eran llamados criollos. Así, eran considerados inferiores en los ojos de la Corona y sus oficiales de aquí. Posiciones avanzadas de poder casi siempre eran para gachupines. Luego seguían a los criollos. Después de los criollos seguían los mestizos: gente como nosotros, gente con sangre de indio.

—Pero muchos mestizos todavía rechazan su herencia indígena.

—Es natural, con las desventajas —dijo el padre—. Luego siguen los indios en la jerarquía; seguidos por los mulatos, quienes son de razas mixtas con poca sangre africana; y, por fin, los africanos de sangre pura. Los africanos fueron esclavizados hasta casi 1830 —recordó, lamentando con un movimiento de la cabeza.

—¿Usted cree que su carrera en la Iglesia fue afectada por su mestizaje, Padre?

—Si tuviera la ambición de subir por la Iglesia, me hubiera afectado mucho, amigo. En los días coloniales, la Iglesia también participó en el sistema de casta. La familia de un sacerdote tenía que tener estatus social y dinero para obtener una posición sirviendo en las catedrales o en las parroquias más grandes, mejor mantenidas. Porque yo soy mestizo, empecé mi trabajo en una iglesia de pueblo pequeño. Aunque tu padre era un hombre muy sabio con talentos superiores a un aguadero común, las reglas de la sociedad lo mantuvieron en un lugar muy bajo en la escala de prosperidad.

Moya había oído varios informes de esta estructura social antes y siempre aceptaba la explicación del padre sobre el sistema de casta sin mostrar tristeza o frustración. —¿Es por eso que estalló la guerra de independencia? —preguntó.

—Así que en 1821 —recordó el padre—, la gente fue llevada a creer que el General Agustín Iturbide quería cambiar las inigualdades de este sistema para todos los mexicanos. Eran

convencidos fácilmente, porque los criollos, como Iturbide, se oponían más, y vocalizaban estas objeciones más, contra el sistema de casta.

Moya entendía el razonamiento. Aunque no tenía educación formal, él entendía las razones básicas por qué muchos criollos empezaron la rebelión.

—Pero a muchos criollos les importaba un grano los mestizos, indios, o mulatos. A los criollos solamente les interesaba esa parte del sistema que disminuía su propia posición competitiva detrás de los gachupines. Así fue cómo Agustín Iturbide declaró el Plan de Iguala en 1821 y exigió la independencia mexicana de la Corona.

—¿Dónde estaba el Presidente cuando llegaron las noticias del Plan de Iguala? — preguntó Moya.

—Es un poco extraño que me preguntas eso, amigo. El Presidente vino a verme en mi parroquia pronto después que se declaró el Plan de Iguala.

—¿Qué quería?

—No me creerías si te dijera.



Antonio López de Santa Anna se bajó de su caballo blanco favorito enfrente del templo justo afuera de Veracruz y entró a ver al Padre Noriega. Era un día templado pero húmedo a principios de marzo en 1821, y Santa Anna ya tenía veintisiete años. Caminó rápidamente por los bancos de madera humildes hacia la oficina pequeña y enclaustrada. Entró sin tocar y asustó al Padre Noriega mientras que leía.

—¡Capitán! Qué gusto en verlo —saludó el padre cuando reconoció su visita—. Espero que ha estado bien y ha ganado muchas peleas de gallo desde la última vez que hablamos.

—Padre, mis pájaros han sido los campeones de Nueva España desde cuando les dio la bendición hace unos años. De hecho, me da orgullo en decirle que mis pájaros son el tema principal de conversación cada año cuando voy a la fiesta de San Agustín de las Cuevas, y se lo debo todo a usted y su buen favor con Dios.

—No es nada. Si sus pájaros ganan sus peleas, es por la voluntad de Dios, Capitán. Ahora, ¿qué lo trae a mi templo humilde este día bonito?

La sonrisa de Santa Anna se desapareció, y se sentó en la silla más cercana con un sentido de ansiedad en su manera. —Padre, necesito su bendición otra vez, por favor.

—¿Qué pasa, Capitán?

—Es el Plan de Iguala, Padre —dijo Santa Anna con temor en su voz—. Mi pasado oficial superior en la caballería, General Agustín Iturbide, ha cometido traición contra Nueva España y la Corona Española. Él y ese animal malicioso, Vicente Guerrero, tienen que ser detenidos antes que destruyan nuestro país. —Haciendo una pausa para pensar qué más decir, Santa Anna por fin concluyó—. Y con su bendición, Padre, y con la voluntad de Dios, derrotaremos el Plan de Iguala y salvaremos nuestra manera de vivir y la manera de vivir de la Iglesia.

—Entiendo, Capitán. Entonces quiere que yo le pida a Dios que le ayude a usted a derrotar el Plan de Iguala? —preguntó el padre, en su intento a clarificar las opiniones políticas y la meta del capitán.

—Sí, Padre. Le pido esto a usted porque sé que tiene favor con Nuestro Señor.

—Está bien. Le pediré que la voluntad de Dios se haga en este asunto.

—¡Gracias, Padre! —dijo Santa Anna con alivio—. Sabía que podía contar con usted en ayudarme a tener el favor de Dios. Aquí, Padre, tenga éstos. —Santa Anna ofreció su mano con unos cuantos pesos—. Algo para el patillo.

Santa Anna se levantó de su silla con un sentido de confianza renovada y caminó rápidamente de la parroquia. Montó su caballo blanco y se despidió de su amigo, el padre, antes de regresar a su puesto.

Santa Anna pronto después marchó el ejército monárquico contra un revolucionario astuto y más viejo llamado José Miranda en las montañas de Orizaba, cerca a la costa oriental de México. El capitán joven logró una gran victoria. Como recompensa, el virrey español ascendió Santa Anna al rango de coronel teniente. Sin embargo, Santa Anna no se dio cuenta que otro ejército revolucionario grande dirigido por el Coronel Herrera ya estaba tomando su posición alrededor de él. Santa Anna tuvo poco tiempo en gozar su promoción, aún menos cuando el explorador llegó corriendo a la carpa de Santa Anna para pronunciar las malas noticias.

—Capitán, —dijo el explorador cuando entró— ¡estamos rodeados!

—Rodríguez —dijo Santa Anna con tono de indignación—, te aconsejo que te refieras a mí como Coronel Teniente de aquí en adelante.

Rodríguez hizo pausa por un momento y observó las nuevas marcas en el uniforme. — Coronel Teniente, nuestra posición está completamente rodeada por el Coronel Herrera. La posibilidad de victoria o escape es muy austera, señor. Coronel Herrera ha pedido una reunión con usted para hablar de condiciones para evitar sangre y la pérdida de vida.

Los ojos de Santa Anna se movían por el alojamiento de repente vulnerable y abierto mientras que la apariencia de pánico se reflejaba en su cara. Sus pensamientos se aceleraron rápidamente, pero volvió a mirar a Rodríguez en los ojos. —Arregla una junta con Herrera a su conveniencia con la mayor brevedad.

Rodríguez afirmó el orden: —Sí, Capi...ah...que diga, sí, Coronel Teniente. Le daré su mensaje al Coronel Herrera inmediatamente.

El aire fresco llenó la carpa de lona durante la reunión de Santa Anna con el Coronel Herrera el próximo día. Desafortunadamente para Santa Anna, sentía con sensaciones agudas la inquietud sudorosa de su posición esa tarde en particular. Herrera habló de la autoridad de General Iturbide y explicó en detalle tres garantías requeridas por el Plan de Iguala: el plan pedía que la Iglesia Católica se quedara con todos sus privilegios, que un México independiente fuera establecido como monarquía constitucional, y que igualdad existiera entre los españoles y los criollos.

Santa Anna escuchó con cuidado y contempló su futuro personal, y Herrera le presentó una visión del futuro del país. Mientras que escuchaba, Santa Anna miró al coronel de pelo a pie. Herrera estaba de la misma estatura de Santa Anna pero pesaba más. Su cuello grueso era bulto bajo el su collar de camisa. Poco a poco, Santa Anna se dio cuenta que podría negociar para evitar una muerte cierta.

Cuando Santa Anna salió de su reunión con Herrera y regresó a su campamento, juntó sus tropas por quizás la primera de muchas arengas políticas que haría.

—Por el bien de toda la gente en Nueva España —empezó—, he decidido apoyar el Plan de Iguala. —Hubo retumbo inmediato por las tropas; Santa Anna pronto los silenció con sus manos—. A los representantes de la Corona Española y Fernando Séptimo les importa un grano la gente en este lado del océano —acusó—. Y por su indiferencia a nuestras libertades, yo no puedo apoyar la subyugación de nuestra gente, nuestra Iglesia, y nuestra manera de vivir. Les

pido su lealtad y su valor cuando nos tomamos de manos con nuestros amigos y luchamos por nuestra libertad.

José Rodríguez observó la escena con asombro. Hubo poco debate y poca confusión. Más de seiscientos soldados, muchos sabiendo nada de los detalles o las implicaciones del Plan de Iguala, sólo lo que les acababan de decir, inmediatamente se reunieron con Santa Anna y cambiaron lados en la lucha por independencia.

La primera conversión política de Santa Anna era, para muchos, una revelación: estaba mandando ataques contra los monárquicos reducidos quienes, junto con el virrey español y sus oficiales anteriores, estaban pasmados por su duplicidad y su traición de la Corona.

Después de varias victorias militares, la mayoría dentro del estado de Veracruz, Santa Anna viajó a la ciudad de Puebla, ochenta millas al sudeste de la Ciudad de México. El motivo de la visita a Puebla era una conferencia con el líder de la revolución de independencia y el ex-comandante de la caballería de Santa Anna, General Agustín Iturbide.

Puebla era una ciudad con diseño destacado y bello comparada a cualquiera ciudad en el mundo. Las calles eran anchas y derechas y bordeadas de banquetas con tanto pórvido que esos cristales enormes reflejaban la luz brillante del sol con toda su capacidad ígnea imaginable. A menudo cruzando a los ángulos rectos, las calles estaban pavimentadas con piedras anchas y delgadas formando patrones de diamantes.

Casas magníficas tenían estructuras nobles y distinguían la ciudad y mucho del campo alrededor de Puebla. Muchas eran construcciones inmensas e intrincadas con dos o tres pisos, ventanas con barrotes, techos planos, balcones de hierro forjado, patios, y puertas admirables de madera tallada. Decoradas con azulejos brillantes y fuentes refrescantes, muchas de las residencias hasta tenían agua que les llegaba por medio de pipas terrenales.

Cuando Santa Anna hizo su camino por la ciudad y entró la conferencia del General Iturbide en el hotel cerca de la plaza, los dos hombres se miraron cuidadosamente al principio. Luego se abrazaron como amigos viejos.

Santa Anna siempre pensaba que Iturbide era un pavo real en su apariencia. Sus patillas estrechas formaban una "L" en su cara angular, y su pelo que siempre tenía peinado hacia atrás estaba ondulado y grueso en su cabeza pero corto a los lados, revelando sus orejas.

—¡Qué gusto verlo, Coronel! —declaró Iturbide.

—Gracias, Su Excelencia. Es un honor que tomó el tiempo a verme.

—Vamos a sentarnos a tomar un pulque —sugirió Iturbide—. Podemos hablar de nuestros planes para derrotar los monárquicos.

—Es un gusto. Ha sido un viaje largo, y estoy seco, General.

Al final de su reunión, Santa Anna e Iturbide estuvieron de acuerdo que sería una táctica militar juiciosa mantener a las tropas lejos de Veracruz durante la época de malaria. El enjambre de mosquitos en Veracruz es uno de los más peligrosos en todo el mundo, y cientos, si no miles, de muertes de malaria son la rutina cada año durante la época.

Santa Anna otra vez cruzó las sierras; esta vez para concentrar sus esfuerzos militares fuera de Veracruz. Pero, al principio de agosto en 1821, Santa Anna se enteró de la llegada reciente en Veracruz de un virrey español, Teniente General Juan O'Donoju. Santa Anna descubrió que O'Donoju había arreglado una junta con un grupo de coloniales de Texas. Las fuentes de Santa Anna reportaron que en esa junta O'Donoju comunicó el apoyo continuo de la Corona para la colonización de Texas por inmigrantes de los Estados Unidos. Después de su conferencia con los administradores coloniales de Texas, Virrey O'Donoju también consintió a reunirse con Santa Anna e Iturbide.

La junta con O'Donoju fue en un edificio de gobierno en la plaza cerca al puerto. Antes de la junta, Santa Anna e Iturbide se reunieron fuera de las paredes de Veracruz.

Después de bajarse de su caballo blanco, Santa Anna se acercó. —Tengo hombres cerca al virrey que se han animado a compartir información —dijo Santa Anna.

—¿Qué le dicen estos hombres? —preguntó Iturbide y echó un vistazo a sus oficiales mayores quienes se habían arrimado para escuchar.

Santa Anna notó la presencia de los soldados de Iturbide por un momento y siguió. — Creen que es muy claro al virrey que la Corona española ya no puede mantener a Nueva España. Aparentemente, hay descontento significativo entre los elementos liberales en España, y las batallas aquí están consumiendo casi todos los recursos del Rey Fernando Séptimo. O'Donoju sabe que España ya no está en una situación de dedicar los recursos necesarios para guardar Nueva España desde el otro lado del Océano Atlántico. —Iturbide asintió con confianza y los dos generales entraron la ciudad para reunirse con el virrey.

Cuando Santa Anna fue presentado a O'Donoju, conoció un hombre de ojos verdes con una expresión tierna y con pelo color café grasoso. Pronto era claro en su discurso que España negociaba desde una posición de debilidad.

Después de una plática breve, Iturbide, Santa Anna, y sus paramilitar y su escolta armada salieron de Veracruz. Iturbide cabalgaba al lado de Santa Anna y dijo: —Tu información sobre la posición del virrey estaba correcta. Se rendirá pronto.

Santa Anna asintió pero resistió sonreír. Estaba contento con sus fuentes.

Un mes después, el Tratado de Córdoba fue firmado. En el tratado, que luego sería cancelada por la Corona Española, el virrey, en nombre de Fernando Séptimo, esencialmente concedió los tres puntos del Plan de Iguala.

El Tratado de Córdoba fue firmado, y Santa Anna e Iturbide otra vez salieron de la plaza pronto después de la conclusión de la ceremonia. Un asistente luego le preguntó al virrey de sus impresiones sobre los dos revolucionarios mexicanos. —Es difícil saber qué pienso de Iturbide —dijo el virrey—. Es un hombre difícil de entender, y sus motivaciones no son claras. —Pero, de Santa Anna, O'Donoju era inequívoco: —Pero, ¿este otro hombre? Vivirá a hacer su país llorar.

## Capítulo Cinco

~

### El Doctrino Monroe

1821: Dentro de la Mansión Ejecutiva en Washington, D.C., Presidente James Monroe dejó los documentos que estaba leyendo y echó un vistazo por la ventana inmensa, notando el tiempo de primavera y las flores de manzana silvestre que florecían en la césped privada. Miró sus papeles otra vez antes de dirigirse al hombre sentado enfrente de él.

—Si estos informes son precisos, Señor Secretario, veremos una Nueva España independiente en unas cuantas semanas —dijo el presidente.

John Quincy Adams se jaló las patillas. —Estos reportes son precisos, señor —declaró—. La Monarquía Española no puede controlar sus intereses tan lejos de Europa. La insurgencia ha atendido gran fuerza; y según nuestros agentes más confiables, no hay mucha posibilidad que los monárquicos salgan por delante.

—Y el liderazgo de los insurgentes. ¿Qué clase de reportes de inteligencia tenemos sobre ellos? Un día tendremos que reconocer al nuevo gobierno de Nueva España. Sería juicioso entender con quién comunicamos.

El Secretario Adams vaciló. —No tenemos mucho en la forma de inteligencia auténtica del liderazgo de la insurgencia, señor. Hay impresiones generales, pero la mayoría del trabajo de nuestros agentes en el campo ha sido calcular la situación militar. Los informes que recibimos no son recientes, y la situación está cambiando constantemente; parece que nueva gente tiene el control. Los informes que sí tenemos indican que este hombre, General Vicente Guerrero, no puede ser vencido por las tropas monárquicas. Otro personaje interesante es un hombre nuevo en la escena. Se llama Antonio López de Santa Anna. Por lo visto, él es el más malicioso de todos. Hace unos cuantos meses, era el capitán del ejército antes de cambiar lealtad cuando rodeado por insurgentes. Ahora él combate por el mero líder de los insurgentes, un General Agustín Iturbide.

—Este Santa Anna se oye como uno que debemos vigilar a lo largo —dijo Monroe de acuerdo—. Y debería avisarle que mis amigos en la embajada inglés me han apoyado a estar contra una reconquista en el hemisferio oeste por naciones europeas ya cuando Nueva España tome su independencia. En los intereses de los Estados Unidos, me animo a declarar esta política en particular efectiva inmediatamente. Más adelante, también debemos aumentar nuestra asignación a nuestros agentes y recursos en Nueva España, para que podamos saber de cambios que ocurren allí. Y quiero que avise su departamento en supervisar las acciones de este Santa Anna. No tengo mucha confianza en él. Una persona que cambia de lealtad en medio de la batalla es alguien con quién debemos tener cuidado. Es más, dudo que cualquier futuro presidente cometa el error de tenerles confianza a los generales. Ése podría ser usted, Señor Secretario —dijo con sonrisa.

—Quizás. Pero hay otro desarrollo que merece ser mencionado, Señor Presidente. Parece que el Virrey Español en Nueva España sigue animando a nuestros ciudadanos a inmigrar a Texas. En cambio por una declaración jurada de lealtad a la Corona Española y una declaración de la fe católica, parece que es la política de España a hacer el terreno alcanzable a esos que gustan colonizar el territorio.

—¿Y nuestra gente está respondiendo a estas ofertas?

—Sí, Señor Presidente. Están aceptando las condiciones, y estoy recibiendo informes que miles de nuestros ciudadanos ahora están inmigrando a Texas.

—Me pregunto si este virrey sabe lo que está haciendo —dijo Monroe—. Abriendo la frontera al norte del Río Grande a inmigración podrá ser un desastre para Nueva España un día.

—Estoy de acuerdo con usted, señor. Yo veo esto como algo positivo por los Estados Unidos. Texas es una tierra llena de recursos naturales. Ya sabemos que nuestra gente que cruza a Nueva España arriba del Río Grande está ganando dinero y mandándolo a sus familias en los estados pobres como Tennessee y Kentucky.

—Un día, la gente de Nueva España va a arrepentirse de esta decisión hecha por la Corona Española —declaró Monroe—. Imagínate: permitiendo la inmigración sin control a un país.

## Capítulo Seis

~

### El Cura y el General

El Moya viejo y el padre siguieron a embeber en el patio de atrás de la iglesia en el calor del verano de 1876. Un grupo de palmas daban sombra a una parte del patio, pero la humedad era opresiva, hasta para los viejos que habían pasado innumerables veranos allí.

Francisco había estado pensando de Santa Anna constantemente desde que aprendió de su muerte. —Entonces, ¿qué pasó con el Presidente después que se firmó el Tratado de Córdoba? —Moya le preguntó al padre, mientras que bebió otro sorbo de vino.

Padre Noriega se reclinó en su silla y pensó. —La siguiente vez que vi al Presidente era cuando visitó mi parroquia durante el verano de 1822.

Moya sonrió con curiosidad. —¿Cómo se recuerda de todo esto después de tantos años?

—Yo todavía tengo la mente y el cuerpo de un hombre joven; no como tú, anciano.

—Pues quizás puede usar sus facultades para conseguir su propio vino de aquí en adelante —dijo Moya en broma.

—Sí uso mis facultades. Tengo este vino para beber, ¿no?

—Eso sí —admitió Moya.

El padre hizo pausa para recordar las últimas frases de su discurso. —La siguiente vez que vi al Presidente, Iturbide ya había marchado a la Ciudad de México y se había declarado Agustín el Primero, Emperador de México. El Presidente mientras se rodeaba con sus soldados, pero pienso que eran más como sus guardaespaldas. En ese tiempo ya estaba aumentando en popularidad e importancia y estaba llevando el uniforme impresionante de general de brigada. Sería la última vez que pasaríamos tiempo en ese pueblo.

—¿Ese uniforme tenía un abrigo azul y todas las medallas doradas y plateadas, Padre?

—Ese mero —confirmó Noriega.



La tarde era sofocante y llena de la deslumbre amarilla del sol cuando Santa Anna buscó la sombra de la parroquia del pueblo con descanso secreto. Llevaba el uniforme orgulloso pero sofocante de general de brigada en el ejército mexicano. Con el abrigo azul con decoraciones coloradas, el collar, los puños, los dobles y las solapas estaban adornados y bordados con un solo hilo de encaje plateado en la manera más fina. El chaleco y las calzas eran blancos, así como sus medias de seda, mientras los botones dorados estaban sellados con una corona imperial; y las charreteras con borlas brillaban. Marcado por una sola tira con un águila imprimada, el uniforme por fin era acentuado con una faja verde de seda con un borde y aún más borlas doradas. Pocos hombres han llevado tal uniforme, y, a pesar del calor, Santa Anna se veía magnífico.

—Padre Noriega —dijo. Un monaguillo volteó a ver de su escoba y inmediatamente dejó de barrer el suelo polvoriento de madera. El niño se quedó viendo con asombro al esplendor del uniforme. Era la primera vez que había visto a un general del ejército en su pueblo humilde. —¿Dónde está el Padre Noriega? —el general le preguntó al niño.

—Allá está atrás. Voy por él —contestó el niño nervioso.

El niño pronto regresó con el Padre Noriega a su lado. —¡Mira! —dijo el padre cuando vio a Santa Anna adornado—. Todo el país ha oído de sus victorias en el campo de batalla. Y ahora, es general. ¿Vamos a mi oficina? —dijo haciendo gesto a su oficina—. ¡Así me puede contar de su éxito!

Santa Anna tenía una sonrisa radiante mientras que el padre lo alaba. Juntos, el padre y el general caminaron hacia la parte de atrás de la iglesia pequeña donde la oficina del padre todavía estaba ubicada. Echando cosas a un lado de la única silla en la oficina chica y quitándole el polvo

con una garra poco aceitosa, el padre le sonrió al general. —Siéntese, por favor, General. Por favor dígame y cuénteme de su vida emocionante desde la pasada vez que hablamos.

—Hay mucho que decir, Padre. No sé dónde empezar. Le debo mucho de mi éxito a usted. Sus bendiciones son lo que me trajeron la buena fortuna.

Padre Noriega sonrió y se reclinó contra su escritorio. —Ya veo, General. Déjeme recordar cuando era la última vez que estuvo aquí. Vino a verme, y...ah, sí, sí me acuerdo. Me pidió que bendijera su misión contra la insurgencia. Me habló de la importancia de salvar nuestro país de esos desleales a la Corona, ¿no?

Santa Anna se sorprendió de la memoria del padre y también por la posibilidad de una implicación vaga.

—Bueno, eh...sí —dijo el general tartamudo—. Padre, su memoria es extraordinaria, y le doy las gracias por sus bendiciones y sus oraciones.

Padre Noriega se preguntó sobre la dirección de la relación con el general joven y el poder obvio que el hombre joven ahora tenía como estrella prometedor en el horizonte militar de México. Noriega buscó por sus próximas palabras, pero decidió que ya tenía el respeto y la admiración del Antonio López de Santa Anna.

—Por favor, ayúdeme entender qué está pasando en nuestro país —empezó el padre—. El virrey de la Corona dice que eres traidor. Te ha acusado por miles de muertes y mucha destrucción en nuestro país. Dijo que contaba contigo a defender la Corona y que lo traicionaste.

—El virrey no entiende lo que ha pasado aquí, Padre —dijo Santa Anna.

—Creo que ni yo, General. Usted y yo nos hemos conocido por años ya. He bendecido sus gallos de pelea muchas veces; usted ha contribuido generosamente a nuestro platillo de este templo muchas veces.. Nunca lo he conocido como desleal o destructivo. Pero confeso que estoy confundido. Cuando salí de aquí la pasada vez, yo lo noté decidido a detener a los insurgentes y fusilarlos. ¿Qué pasó que lo hizo cambiar de corazón y tomar armas contra la Corona Española?

Santa Anna escuchó las palabras del padre cuidadosamente. —Sus preguntas son muy apropiadas, Padre, y merecen las respuestas verdaderas. Así como usted sirve Nuestro Señor, yo soy solamente un sirviente de mi país; y mi sola preocupación es por el bien de la gente. Cuando combatimos contra los insurgentes, empecé a cuestionar el absolutismo de la Corona española y la manera en que la monarquía ha dominado a la gente mexicana, particularmente a los criollos. Poco a poco al principio, pero luego con más rapidez al fin de este entendimiento, me di cuenta que era muy importante para la gente mexicana que yo tomara su lado en vez de esta dominación eterna y tiranía de la Corona española. México merece su libertad de tiranía, Padre, y esto era destacado en mi mente.

—Ya veo, General. Así que, en el interés del bien público, ¿cambió de alianza al General Iturbide?

Santa Anna asintió con sonrisa.

—Algunas personas que asisten mi templo dicen que usted le escribió una carta ofreciendo su apoyo firme después de que entró a la Ciudad de México y tomó el nombre Agustín el Primero, Emperador de México.

No sabiendo si la contradicción de rechazar el concepto de monarquía sólo a aceptar el auto-nombramiento de Iturbide como el monarca nuevo de México era el propósito de las palabras del padre, Santa Anna sólo asintió otra vez y cambió de tema.

—Basta por ahora con la política, Padre. Vine aquí porque quiero que establezca una parroquia cerca de mi hacienda en Xalapa. Ya me comuniqué con los obispos más cercanos al arzobispo y tengo su permiso. No dudo que el arzobispo apoyará esta idea. Es que, voy a casarme un día y voy a tener una familia. Y quiero que no sólo sirva las necesidades espirituales

de mi familia, pero también quiero que sea el padre que les enseña a los hijos de mis sirvientes y trabajadores...enseñarlos el amor de Dios.

El padre estaba completamente sorprendido. —Su solicitud es generosa, General, pero ¿qué de mis deberes aquí? Hay mucho trabajo que hacer todavía. —Sabiendo que se iba a mudar a Xalapa pronto, el padre le dio al general la oportunidad de explicar cómo había recibido permiso de la jerarquía de la Iglesia.

—No se preocupe por los detalles, Padre. La Iglesia tiene muchos otros sacerdotes jóvenes que pueden quedarse aquí. Sugerí y, ah...bueno, les pedí a los secretarios del arzobispo que fuera designado a Xalapa, donde yo he prometido fincar una nueva parroquia para la Iglesia —dijo Santa Anna con un tono de logro y finalidad.

—Ya entiendo, General —se resignó el padre con una sonrisa—. Entonces, debo de hacer mis preparaciones para mudarme. —Se levantó, y el general también se levantó para irse.

Satisfecho que el padre estaba contento bajo su control directo, Santa Anna tomó la mano del Padre Noriega. —Gracias, Padre, por todas sus oraciones y bendiciones. Mis paramilitares le darán lo que necesite para mudarse, y no dudo que estará muy impresionado con mi propiedad. No está lejos, justo al sudeste de Xalapa. Hasta que se complete su nueva parroquia, le daremos alojamiento allí por supuesto. Creo que estará más cómodo allí que aquí —dijo con movimiento condescendiente de su mano.

Tomando en cuenta el estado caído del templo, Santa Anna percibió los planes que había hecho por Noriega como un rescate.

—Gracias, General. Aprecio su preocupación por mi bienestar y confort.

Los dos hombres se abrazaron, y Santa Anna abrió la puerta de la oficina a encontrar a sus paramilitares esperando con paciencia afuera. El general entonces se subió a una carroza lujosa jalada por caballos blancos que pronto estaban en la distancia, perseguidos por una nubecita de polvo.

Padre Marcelino Noriega se paró enfrente del templo pequeño que había servido en las afueras de Veracruz y fijó su mirada en la calle de tierra. Sabía que su vida ahora estaba entrelazada con la fortuna de uno de los hombres más poderosos en México. Se preguntó sobre el plan de Dios para él y para Antonio López de Santa Anna.

Una semana después, el Padre Noriega recibió la carta del obispo avisándole de su traslado a Xalapa a la hacienda del General, donde se quedaría hasta que se fincara la nueva parroquia.



Los viejos siguieron acordándose del pasado y bebieron su vino a sorbos en la sombra del patio. Pasó una brisa, y las hojas de palma gigantes cas bailaban sus siluetas sobre ellos en la yarda.

—Siempre me he preguntado dónde estaba usted antes de servir en la parroquia cerca de Manga de Clavo —dijo Francisco Moya—. Entonces, el Presidente lo trajo a Xalapa de Veracruz después que Iturbide promovió al general a comandante militar para el estado de Veracruz ¿eh?

—Sí —confirmó el padre.

—¿Quería trabajar para el Presidente?

—Sí y no. El Presidente era un montón de contradicciones, amigo. Un momento era un ángel y el próximo era el Diablo. Cambiaba como el viento —dijo el cura, asintiendo hacia las hojas de palma soplando en la brisa—. Pero, claro que no tenía otra opción.

—Un intento a rechazar al Presidente hubiera sido el insulto más horrible. Y no quería explorar mis sentimientos de los eventos. Cuando la carta de mi traslado del obispo me llegó,

acepté mi destino de trabajar al lado del Presidente como la voluntad de Dios. También supuse...y dichosamente...que mientras que era leal al General, no me traicionaría como les hizo a muchos otros. Después de todo, amigo, según Santa Anna, yo tenía buen favor con el Señor.

## Capítulo Siete

~

### Las Frutas de la Victoria

En cuanto Santa Anna había visitado al padre para informarlo de su nuevo traslado, el general y un séquito de soldados llegaron unos días después a una aduana de colección en el puerto de Veracruz.

Acompañado por sus paramilitares que mostraban orgullosamente espadas y pistolas, Santa Anna entró a la oficina del jefe de tarifas sin tocar en la puerta. Por supuesto, Santa Anna estaba en uniforme completo cuando les señaló a sus ayudantes que cerraran la puerta.

—Señor Estrada, soy General de Brigada Antonio López de Santa Anna —empezó—. He sido nombrado gobernador militar de Veracruz por Agustín el Primero, nuestro emperador glorioso. En el interés del público, tengo que revisar sus libros por la colección de tarifas en programa regular de aquí en adelante. También es necesario por el bienestar de la gente que reciba veinticinco por ciento de los ingresos totales por los gastos de mis deberes. Espero su cooperación —dijo Santa Anna con fuerza—. Como cortesía por su cooperación, le autorizo que tome cinco por ciento para sus propios gastos. Por esto, espero su lealtad inquebrantable. ¿Nos entendemos, Señor Estrada?

—S..sí, General —se levantó Estrada y contestó nerviosamente pero rápido. Estaba más alto que el general pero tenía una estructura delgada y un bigote fastidioso, casi afeminado.

—Hay muchos gastos requisitos para comenzar mi administración —continuó Santa Anna—. Requeriré todo menos un décimo del dinero en su banco hoy. De aquí en adelante, cada semana voy a esperar su entrega del veinticinco por ciento de sus colecciones, para ser escoltado por mensajero armado a mi propiedad, que también servirá como mis cuarteles. Mi hacienda está al norte de Puente del Rey en camino a Xalapa. —Santa Anna hizo pausa y estudió el intimidado Estrada por otro momento—. Sus libros siempre serán disponibles para mí, o cualquier de mis soldados, por inspección inmediata sin aviso. ¿Está claro?

—Sí, General. ¿Y cómo se llama su propiedad, General?

—Mi hacienda es Manga de Clavo.

Estrada levantó las cejas. —Yo pensaba que Manga de Clavo le pertenecía a...

—Manga de Clavo ahora es mi propiedad, Señor Estrada. Yo soy el nuevo Jefe Político —dijo Santa Anna, haciendo pausa antes de alzar la voz con impaciencia—. Rápido, señor, muéstrame a mí y a mis soldados su banco. Tengo mucho más que hacer hoy.

Estrada se movió con torpeza de su escritorio. Hubo un sentido distinto de resignación en su manera. De mala gana, llevó a Santa Anna y a sus paramilitares al banco.

## Capítulo Ocho

~

### El Comerciante y el General

—La primera memoria que tengo del Presidente es una imagen maravillosa —Moya le dijo al padre. Se había acabado su segunda copa de vino y estaba examinando distraídamente las

partículas diminutas y malvas de sedimento al fondo de su copa—. Lo vi cuando estaba justo afuera de Veracruz en regreso a la hacienda en camino a Xalapa —añadió Moya.

El padre escuchó cortésmente, pero, ya había oído esta historia contada por el padre de Francisco varias veces.

—Cuando su carro paró enfrente de nuestra casita, mi padre todavía estaba trabajando como aguadero. Era al fin de la tarde, y mi padre ya estaba reviviéndose después de tomar su siesta dentro de ese jacalito. Yo estaba en haciendo el inventario de mis chucherías. Tenía una cobija extendida en la tierra y estaba organizando las cosas que había cambiado ese día. — Francisco reflexionó—. Creo que empecé mi carrera en una edad muy joven. Pronto después, la carroza del general se paró allí mismo, y el Presidente se bajó. Me recuerdo que sólo me le quedaba viendo y su uniforme espectacular. El carro que tenía era jalado por caballos blancos maravillosos...como los que le gustaba montar.

—Le encantaban los caballos blancos —confirmó el padre.

—Me recuerdo cómo todo de ese día creaba un sentido de asombro.

—¿Qué hizo cuando llegó?

—Se me presentó y me llamó por nombre. Estaba tan asombrado que alguien vestido tan bien como el Presidente me conociera.



Santa Anna miró al niño Francisco Moya con una mirada alegre. —Buenas tardes, Francisco. ¿Dónde está tu papá?

El pequeño Francisco estaba tan sorprendido con la llegada del general enfrente de su casa que sólo pudo fijar su vista en él. De atrás del niño, por la entrada de la casa adobe con techo de paja y con postigos abiertos, la voz alegre del papá de Francisco le llamó al visitante. — ¡Don Antonio! ¡Don Antonio! Vamos a verlo, Antonio. ¡Usted es un gran caudillo. Qué orgullosos deben de estar sus padres.

Santa Anna pasó al niño Francisco después de tocarle la cabeza y le saludó al padre del niño. Los dos hombres se abrazaron como amigos viejos; los dos sonriendo mucho.

—Oímos mucho de sus conquistas, General —continuó el viejo Moya—. Sabe que todos estamos muy orgullosos de usted aquí en Veracruz. Pero, Don Antonio...que diga, General...¿qué trae un hombre tan importante como usted a este lugar modesto donde vivimos?

Santa Anna sonrió. —Te dije hace mucho tiempo, Francisco. ¿No te acuerdas del día cuando me fui con el General Arredondo para ir a Texas?

El padre de Moya estaba confundido. —Eso fue hace mucho tiempo —confesó.

—Era entonces que te prometí que si un día yo llegara a ser general, tú serías mi aguadero —dijo Santa Anna con una sonrisa grande.

—¿Qué está diciendo Anton...que diga, General?

—Quiero que vengas a trabajar para mí y vivas en Manga de Clavo, mi hacienda nueva. Está en camino a Xalapa. Te pagaré lo doble que ganas aquí en Veracruz.

El Moya mayor sonrió y señaló a su casa. —¿Y dejar mi propia hacienda magnífica, General?

Los dos hombres se rieron. —Te prometo que vas a preferir el alojamiento que he reservado para ti y tu señora y tu hijo en Manga de Clavo. Mi buen amigo Padre Noriega, quien viene de un pueblito cercano, ya está en la propiedad, y vamos a construir una nueva parroquia cerca a la hacienda muy pronto. Tu hijo recibirá una buena educación de Noriega; mientras que

tú, mi amigo, serás recompensado por todos los buenos consejos y la ayuda que me dio durante me juventud imprudente.

El viejo Moya no sabía qué decir.

—Tengo otros compromisos —dijo el General—. Tú y tu esposa tienen que prepararse para mudarse. En un día, mis soldados regresarán aquí con unas diligencias para ayudarles llevar lo que tengan de valor.

—Gracias, General —el viejo Moya por fin pudo decir algo y abrazó a Santa Anna otra vez—. Tiene mis gracias y mi lealtad sin fin.

—Siempre has sido leal, Francisco —dijo Santa Anna. Mientras se despidió del niño Francisco con una palmada en la cabeza otra vez. El general se subió a su carro majestuoso—. Y por esta lealtad mereces una recompensa. Adios —dijo por la ventanilla y le señaló al conductor con sus manos que lo llevara a la hacienda.

## Capítulo Nueve

~

### Manga de Clavo

—Si recuerdo bien mi historia, Padre, la alianza entre Santa Anna e Iturbide no duró mucho —declaró Moya.

—Estoy sorprendido que puedas recordar lo que te enseñé después de tanto tiempo, amigo —dijo el Padre Noriega.

—Mi memoria no está tan mal que usted piensa, viejo.

—¿No? Quizás no. Bueno, cuando Iturbide sospechó que Santa Anna estaba usando su autoridad como comandante militar de Veracruz a tomar las ganancias de las tarifas de la aduana, llamó al Presidente a la Ciudad de México para una conferencia. Entonces, tu familia ya se había mudado a la hacienda del Presidente.

—¿Qué hizo Iturbide cuando el Presidente llegó a la Ciudad de México?

—¿Qué hizo *Iturbide*? Sería mejor preguntar qué hizo el Presidente, mi amigo. Coronel Jaramillo me contó todo —explicó el padre—. Parece que cuando Santa Anna entró al palacio del nuevo emperador, tenía todos sus «ayudantes» con él. Los guardias le instruyeron a un sirviente que le avisara a Iturbide de la llegada de Santa Anna. Antes que Iturbide llegara al salón, su hermana mayor, una mujer atractiva pero claramente mayor, entró la sala y se presentó al joven Presidente. Según Jaramillo, el general siempre estaba buscando una oportunidad para usar su encanto para la ventaja política. Entonces, pronto fingió interés romántico y aduló a la señora con halagos de su ropa, sus zapatos, y su belleza irresistible.

—¿Sirvió a su favor esta adulación?

—De lo que me dijo Jaramillo, sí. Al parecer, la hermana del emperador no se había enterado de la preferencia de Santa Anna por jovencitas.

Moya se rió.

—En unos cuantos momentos, amigo, la hermana mayor de Iturbide estaba enamorada con el Presidente, y pasó mucho de su tiempo de allí en adelante influyendo la opinión de su hermano al favor de Santa Anna.

—Entonces el plan de Iturbide de llamar a Santa Anna de nuevo, no valió la pena —concluyó Moya.

—No como le hubiera gustado. Naturalmente, Iturbide le acusó a Santa Anna de robarse los ingresos de tarifas en la aduana. Pero eso era todo. Santa Anna negó los cargos y culpó al pobre Estrada en la casa de aduana, quien entonces fue corrido de allí y encarcelado. Y aunque

los ingresos de tarifas habían bajado desde que Santa Anna tomó control del puerto, el emperador no tenía evidencia de su involucro en el robo.

—Sospecho que Iturbide sí necesitaba ese dinero —dijo Moya.

El padre asintió. —Se estaban poniendo turbias las cosas para Iturbide. Comercio había bajado mucho desde que los gachupines comenzaron a huir del país. El intento de Iturbide a llamar a Santa Anna fue reducido a un palmetazo. Es que, ya había problemas para Iturbide en México, y necesitaba a todos los amigos que podía, especialmente la amistad y la lealtad de un comandante militar que subía. Entonces, el Presidente regresó con calma a Manga de Clavo con confianza, posición, y sus finanzas mal habidas intactas. . . Y supongo que era casi al mismo tiempo cuando nuestras vidas cruzaron, amigo.



La ciudad de Xalapa era una ciudad significativa estratégicamente en el campo mexicano al comienzo del siglo XIX. Ubicada 35 millas noroeste de Veracruz y 250 millas al este de la Ciudad de México, Xalapa estaba en el Camino Real que corría desde el puerto principal de Veracruz hasta la Ciudad de México. Pronto después que se declaró emperador, Iturbide lo renombró «el Camino Nacional». Santa Anna e Iturbide sabían que el manejo directo de la aduana en Veracruz, junto con el camino a la capital, esencialmente administraba el dinero de la nación.

Controlando el transporte y el tráfico de Veracruz a la Ciudad de México también era crítico a la seguridad. Porque Xalapa surgía en las montañas justo sobre la llanura costera, era un lugar ideal. Sin embargo, desde la segunda semana en mayo hasta la segunda semana en septiembre cada año, la fiebre amarilla paralizaba la región en y alrededor de Veracruz. Conocida como «El Vomito Negro», la fiebre amarilla mataba a cientos de personas cada año. Sólo unos nativos más inmunes permanecían en la ciudad durante los cuatro meses mientras el resto de la población huía la costa.

Al recibir el título de comandante militar en el estado de Veracruz, Santa Anna forzó préstamos de comerciantes ricos y hasta de la Iglesia. Santa Anna por rutina confiscaba lo que necesitaba. Usando los mismos métodos que en la aduana de Veracruz, Santa Anna empezó a aumentar su riqueza dramáticamente en poco tiempo. En quitarles propiedad a los ciudadanos en nombre del estado veracruzano, Santa Anna se hizo un hombre muy rico y muy poderoso. Según Santa Anna, al momento de las varias confiscaciones, las cosas eran en «el interés del público». Por supuesto, las víctimas de las confiscaciones numerosas del general sabían el interés verdadero. Santa Anna controlaba el ejército en Veracruz, y cualquier que tenía algo que el general quería pronto se daba cuenta que Santa Anna era, en virtud de las tropas que mandaba, el hombre que tenía la última palabra en el interés del público.

La carroza recién requisada entró a su hacienda nueva con facilidad y sólo con poco polvo. Enfrente de la propiedad enorme, el camino ancho rodeaba una fuente de piedra antes de seguir a la caballeriza. Aunque no servía y estaba seca desde la partida del dueño anterior, la fuente tenía un arriate alrededor que todavía florecía, gracias al nuevo aguadero. Bastidores blancos con pórticos tapados extendían de la casa principal hacia al norte y al sur, y los azulejos rojos palaciales del techo participaban en una escena de tonos rosados al atardecer. Y todo, cada piedra que enmarcaba cada ventana, cada placa de mármol en el vestíbulo, y cada hectárea de terreno, sí hasta la carroza que llegaba con sus caballos blancos en trote, todo había sido apropiado recientemente y rápidamente por el general. Sin duda, los robos del jefe nuevo de la hacienda los

sabían los sirvientes de Manga de Clavo. Pero, todavía había algunos residentes inocentes y jóvenes, incluyendo al Francisco Moya de doce años, quien estaba jugando con su espada de madera cerca del patio cuando el general se bajó de su carroza y saludó al niño con una palmada en la cabeza.

—Ve y tráeme agua, Francisco —le mandó el general al niño.

Cuando Francisco regresó, caminando tan rápido como podía sin derramar el jarrito lleno de agua, no podía esconder su sonrisa enorme. Estaba emocionado de ser llamado al servicio y regresó antes que el general terminara de dar instrucciones al hombre bajo y tímido de librea, Ángel Télles. Fijándose en la prontitud de Moya, el general estaba impresionado.

—Muy bien, Francisco —dijo Santa Anna—. Tu padre le traía agua a mi padre cuando yo era niño —dijo Santa Anna después de un trago vigoroso—. Dime, amiguito, ¿qué vas a ser cuando crezcas? ¿Un soldado como yo?

—No, señor. Yo voy a ser comerciante en Veracruz para que pueda cambiar por las cosas más finas y ganar dinero. Y usted será mi mejor cliente, General.

Santa Anna soltó la risa al oír la ambición del niño y otra vez pasó su mano por el pelo del niño gracioso. —Mi padre quería que yo fuera un comerciante. Pero pienso que voy a ser general, pero te prometo que yo será tu mejor cliente un día. Quizás cambiarás de ideas de ser soldado, pero, sí te doy esto, Francisco —dijo el general, mientras que se quitó la funda de su fajo y sacó su espada.

Los ojos de Francisco se abrieron con asombro cuando tomó la espada del general. La volteó y volteó en su mano. No podía creer su buena fortuna.

—No juegues con esta espada como la de madera, Francisco —advirtió el general—. Dásela a tu padre para guardarla hasta que seas hombre. Quizás la necesitarás un día.

—¡Gracias, General! —dijo Francisco con un tono de gracias profundas. Se le quedó viendo con admiración a Santa Anna. Entonces con cuidado, puso la espada en su funda y corrió a encontrar a su padre para mostrarle el regalo que había recibido.

Santa Anna sonrió por un momento más al ver el delito del niño antes de regresar su mente al tema que lo había ocupado en camino a la hacienda. El general había empezado a anticipar un encuentro con una niña de quince años que había «salvado» de un comerciante en un distrito notorio de Xalapa.

María Chávez era otra de sus conquistas sexuales. Cuando entró la casa principal de Manga de Clavo, Santa Anna sentía que necesitaba tres cosas antes que se retirara después de un viaje largo de la Ciudad de México: un baño caliente, una copa de pulque, y los servicios íntimos de esta señorita.

La María bonita de ojos oscuros no lo hizo que esperara pronto. Pasó por la esquina de la partición separando la sala del comedor formal justo cuando Santa Anna entró. La miró con lujuria feliz cuando vio su sirvienta más nueva y pronto dio sus órdenes. —María, ¿puedes llenar la bañera y calentar agua para mi baño?

María sonrió y sabía que estaba otra vez ocupada con el regreso del general a la hacienda. Asintió y se fue a calentar el agua. A María le gustaba la mayoría de sus deberes, incluyendo el acto de compartir la cama del general.

La siguiente mañana, Santa Anna despertó con el cuerpo ágil y de sílfide todavía en su cama. La movió gentilmente, y despacio abrió sus ojos rasgados.

—María —dijo el general—, ¿Padre Noriega sabe que compartes mi cama a veces?

—Creo que no.

—Sería mejor que no supiera —dijo el general, levantando una ceja seria mientras que fijaba su mirada en su concubina de quince años.

—Sí, General. De todos modos, no tenía la intención de decirle.

—Y ten cuidado en cómo te portas conmigo cuando el padre está presente. . . .Ahora, por favor, puedes vestirme, María, y ve a decirle al padre que quiero hablar con él después de desayunar.

—Sí, General —contestó y salió desnuda de la cama baldaquín.

Santa Anna admiró su pelo negro que caía justo arriba la base de su espalda. Su mirada bajó un poco y se fijó en la curva de sus nalgas antes que se pusiera su vestido de manta. Cuando la niña salía del cuarto, el general la llamó. —¡María!

—¿Sí, General? —contestó María, parando en la puerta.

—María, tienes un cuerpo que haría cualquier obispo en México aventarse por la ventana si lo viera.

María sonrió al salir del cuarto y cerrar la puerta.

Santa Anna se reclinó, puso las manos detrás su cabeza, y suspiró: —¡Qué gusto estar en mi propia casa!

El Padre Noriega apareció después del desayuno en la veranda, mientras Santa Anna observaba el esplendor de Manga de Clavo desde el balcón.

—Siéntese, Padre —dijo el general y señaló hacia la silla al lado de la mesa.

—¿Pidió por mí, General? —dijo Padre Noriega cuando se sentó.

—¿Está contento aquí en la hacienda?

—Sí, General. La hacienda es muy bonita, y mis alojamientos son muy cómodos comparados a los que tenía en mi parroquia en la costa.

—Muy bien. Me alegro que esté contento en Manga de Clavo.

—¿Cómo van los planes para la capilla? —preguntó Noriega.

—Para ser franco, van un poco lentos. También me dicen que los recursos no son tan fáciles de conseguir aquí en Xalapa como en Veracruz.

—Supongo que tiene razón. Quizás puede usar su influencia para acelerar las cosas, ¿eh? No dudo que sus palabras tendrían mucha influencia con los albañiles en esta región, General.

—Ah, sí. Veré qué puedo hacer. Pero, mientras, Padre, tengo una misión pequeña para usted.

—¿Una misión, General?

—Correcto...una misión. Tengo una ofrenda considerable para un arzobispo en la Ciudad de México, y quiero que usted sea mensajero para entregar los fondos.

—¿Un mensajero, General? ¿Por qué. . .? Naturalmente, tomaría esta misión, señor, pero no tengo experiencia como mensajero —dijo Noriega en tono confundido.

—Hay más en esta misión que el entrega de la ofrenda, Padre.

—¿Más?

—Sí, Padre. Quiero que haga preguntas entre éstos en poder dentro de la jerarquía de la Iglesia. Por supuesto, tiene que ser discreto en cómo se comporta, pero cualquier información que pudiera obtener por mí, según las intenciones de nuestro emperador ilustrado, me ayudaría mucho en esta época de mi carrera. Debe de llegar a Puebla primero, Padre —continuó después de pensar un poco—. Quédese unos días y hable con oficiales allí en la ciudad antes de seguir a la capital. Entonces haga lo mismo y quédese unos días en la Ciudad de México después de entregar mi ofrenda al arzobispo. Cuando regrese aquí a la hacienda puede informarme de todo que aprendió, y puede decirme de la reacción del arzobispo a mi regalito.

—¿Esto es algo de Iturbide, General? —preguntó el padre—. ¿Quiere que obtenga información de los oficiales en la Iglesia de las intenciones de nuestro nuevo emperador hacia usted?

—Sí, Padre. Sospecho que nuestro emperador no está sirviendo en el interés público. Si esto es cierto, tengo que saber los detalles de las traiciones posibles contra nuestra gente. — Después de hacer pausa para encender un cigarro, Santa Anna continuó—. Padre, oigo rumores de gente que trabaja por Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria que Iturbide me puede sospechar de deslealtad, aunque mi alianza es con él. Tengo que saber si estos rumores son ciertos.

El padre no estaba sorprendido que el general era sospechado de cambiar alianzas. El padre recordó que Santa Anna se había referido a Vicente Guerrero como un animal vicioso cuando servía en el ejército real. —¿Usted, General? ¿Desleal? —preguntó el padre.

—Sí, mi amigo. No me gusta tener que decirle estas cosas, Padre, pero no todos en el liderazgo mexicano son patriotas. Es posible que nuestro nuevo emperador conspire contra mí. Si esto es cierto, voy a necesitar cualquier información confiable de esta conspiración.

—¿Pero por qué yo, General? ¿Cómo puedo obtener este tipo de información para usted?

—Confíe en mí, Padre, y déjeme explicar. Usted será un mensajero para mí y llevará una ofrenda considerable al arzobispo. Yo también le daré una contribución pequeña para darles a los oficiales de Iglesia en Puebla; pero, según lo que yo he visto de la Catedral en Puebla, no necesitan más fondos allí. Pero, no sería mal hacer una contribución a la Iglesia en Puebla y en la capital. —Santa Anna hizo pausa para chupar su cigarro y emitir una nube larga de humo que flotó sobre y pasó la balastrada de la veranda—. Y por favor entienda esta parte bien: Cuando les presente mi ofrenda a los oficiales en Puebla y en la Ciudad de México, tendrá la oportunidad de expresar qué leal y dedicado soy a la preservación de la Iglesia como la autoridad principal en México. Entienda, ahora que nosotros mexicanos tenemos nuestra independencia de España, la Iglesia se puede sentir un poco vulnerable a vientos nuevos, amigo.

—¿Vientos nuevos? —repitió el padre.

—Sí. Hay movimientos ante-clérigos en toda Europa. Deseo disipar estos temores en los oficiales de la Iglesia que yo apoyaría tales acciones aquí. Y aunque diga lo contrario, es posible que nuestro emperador no sea leal al clérigo desde que derrotamos a la Corona. Por esta razón, quiero que los jefes de usted sepan exactamente qué leal soy a la Iglesia y todos sus privilegios. En cuanto establezca este punto y contribuya las ofrendas, usted podrá seguir en manera sutil con el deseo que si oyen información de la capital que revela un peligro hacia mí, harían bien por la Iglesia en compartir esta información con usted...para que usted, por supuesto, me la diga a mí. ¿Ahora entiende esta misión, Padre?

Las cejas de Padre Noriega arquearon involuntariamente en su frente. Se dio cuenta que ya era espía para Santa Anna. Noriega buscó en toda su mente por las palabras que le podría decir al general para convencerlo que había elegido el hombre equivocado. Pasó un momento y con él la oportunidad. Padre Noriega pronto reconoció que la decisión se había hecho. —Sí, General, entiendo —por fin susurró Noriega. Después de hacer pausa, Noriega entonces ofreció una pregunta indecisa—. Pero, General, ¿qué de mi parroquia nueva aquí en Xalapa?

—No se preocupe, mi amigo —reaseguró Santa Anna—. Construcción empezará pronto, y haré todo que puedo para acelerar el proceso. Esta misión de usted es solamente temporal, Padre. Le prometo que estará salvando almas en poco tiempo. Y una cosa más, Padre. Quiero que hable con el aguadero, Moya, y dígame que le he pedido a usted que se lleve al niño Francisco en su viaje a la capital.

—¿Llevarme al niño?

Santa Anna asintió. —Será un hombre pronto, y me cae bien el muchachito. Necesita un mejor conocimiento del país en que vive. Sería bueno que vea nuestra capital y que conozca a los oficiales de la Iglesia allí.

—Sí, General —contestó Noriega con aprensión. De repente estaba conciente de que no sólo iba a la Ciudad de México como espía para Santa Anna, pero ahora tendría que ser responsable por niño de doce años. El padre quería a Francisco como a muchos de los niños en la hacienda pero estaba negando con la cabeza cuando regresó a su cuarto. Nunca había tenido que cuidar un niño día y noche.

## Capítulo Diez

~

### Sirviendo a Nuestro Señor en Puebla

La siguiente mañana, con un baúl desgastado para el viaje a la capital, el Padre Noriega dejó la hacienda con el niño a su lado en la diligencia jalado por mulas.

—Debería haber puesto una maldición en ese primer gallo —Noriega rezongó, en camino de Manga de Clavo al Camino Nacional. No tenía ni idea cómo cuidar a un niño veinticuatro horas al día, menos cómo ser emisario.

Justo al oeste de la hacienda, la ciudad de Xalapa estaba ubicada en el borde oriental de las Sierras Este, o las montañas Sierra Madre Oriental. El camino de Xalapa a Puebla era casi completamente montañoso con caminos empinados de ascender y descender. Los caminos viejos de los indígenas en las montañas sobre la llanura costera habían sido ensanchados a caminos ásperos pero pasables durante la época colonial por la Corona Española. Pero, la condición de la ruta pronto empezó a deteriorarse después de la independencia.

El viaje era tedioso, agitado, y accidentado. Llovió frecuentemente. Cuando la lluvia era pesada, se hacían a un lado del camino y paraban bajo unos árboles, pero la lluvia era tan severa que a menudo pasaba por las ramas y hojas. En unas ocasiones, el padre tuvo que usar una lona en la diligencia para refugiarse del aguacero con su compañero joven.

Piedras enormes aparecían con frecuencia en medio del Camino Nacional en que viajaban. Al caerse de las peñas durante el proceso de erosión natural, estas piedras eran peligros para viajeros. Noriega tenía que facilitar las llantas de la diligencia con disminuir el paso de la mula o jalar al animal casi somnoliento y tímido al pasar estos cantos.

A veces, el padre y el niño tenían que bajarse del carro y empujar las piedras del camino. El pasaje estaba tan angosto que en una curva de precipicio tuvieron que empujar la piedra a la orilla. Los dos viajeros miraron y escucharon la piedra caer y quebrar abajo en cascos quebradizos. Un silencio extraño pero natural siguió, interrumpido sólo por la pregunta rutina del niño: —¿Padre, ya mero llegamos?

Poco a poco, el camino dejó las montañas y la topografía se cambió a colinas, y estas al fin del viaje lo hicieron más liviano. Durante el viaje, el joven Francisco Moya había aprendido pronto que la característica definitiva de la geografía de México era montañoso.

El dinero que Padre Noriega llevó a Puebla y a la Ciudad de México para donar a la Iglesia estaba escondido en dos cajas diferentes clavadas abajo de la diligencia. El dinero estaba escondido por la presencia común de bandidos en camino de Xalapa a la Ciudad de México. La ruta de la Ciudad de México por Puebla, Xalapa, y en la costa de Veracruz era viajada mucho. Con el dinero ocultado, cualquier ratero que cruzara caminos con el padre y el niño solamente se llevaría unos cuantos pesos en el baúl personal del padre. Santa Anna había pensado en mandar a

Padre Noriega con guardaespaldas en el viaje, pero sintió que la presencia de guardias comprometería la probabilidad del padre a conseguir información. Aunque todo era posible, era muy improbable que bandoleros voltearan el carro o lastimaran al padre o al niño.

Casi una semana después, el Padre Noriega y el niño Moya de doce años por fin llegaron a Puebla. Cuando entraron la ciudad, encontraron un lugar que pareció más europeo que cualquier otra ciudad mexicana.

La comunidad de clérigos en Puebla era bastante grande durante la época colonial, y Puebla había sido descrita por unos observadores que era una ciudad de padres, monjes, y hermanas. Aunque esa descripción podría ser exagerada, el número de esos hombres y mujeres trabajando para la Iglesia en Puebla representaba fácilmente la razón más grande de trabajadores afiliados con el clérigo a trabajadores ordinarios en todo México. Hasta al observador común era obvio que no faltaba mucho en los servicios para la Iglesia en Puebla.

La Catedral en Puebla era espectacular. Fue fincada alta en una fundación de piedras; los arquitectos querían proyectar el estatus y la autoridad asombrosos de la institución católica. Claramente, querían estas impresiones sentidas abajo, al nivel de la calle. De acuerdo con esto, sus torres se elevaban doscientos pies en el aire. El edificio reflejaba un enfoque en su arquitectura eclesiástica orientado en intimidar. El interior de la catedral en Puebla era más extravagante que Paquito Moya había visto, sobrepasando aún la Catedral recargada en Veracruz. Cuando Francisco primero entró la estructura, estaba con la boca abierta y asombrado por la belleza absoluta del interior, lo cual consistía en las materias de calidad más fina en las vidrieras de colores, piedras y azulejos intrincados, murales brillosos inmensos, y bancos pintados con laca.

Hasta el Padre Noriega estaba asombrado. Había visitado la catedral brevemente durante la época cuando recibió su entrenamiento seminario. Sin embargo, ya que había pasado unos años en pobreza miserable en uno de los «pueblitos» más humildes donde muchos sacerdotes mestizos eran asignados, estaba pasmado en el contraste de nivel de vida entre los sirvientes del Señor en los pueblos versus sus hermanos bien-relacionados en lugares como la catedral de Puebla.

Cuando le convenía, el Obispo Martínez eventualmente le saludó a Noriega y al joven Moya después que uno de sus monjes había averiguado las razones por la llegada de los dos visitantes de Xalapa. El hijo de padres gachupines, el obispo era un hombre calvo, bajo, y panzón en sus cincuentas y tenía la apariencia de uno que jamás había sudado en su vida. Sus manos gordas estaban bien aceitadas y manicuradas, y llevaba una cruz con joyas en su cuello. Tomando en cuenta su edad, su cara era muy firme y sin señas de curtirse o del daño del sol.

Ya dentro de la oficina privada del Obispo Martínez, Noriega le presentó con la ofrenda del general.

—General Santa Anna me dijo que manda sus saludos junto con esta muestra pequeña de su apreciación por todo que ha hecho aquí en Puebla, Su Gracia —dijo Noriega y le ofreció el regalo.

El obispo aceptó la ofrenda con poca expresión y pronto asesó la suma aproximada cuando levantó la tapa de la caja. La suma no era significativa, particularmente cuando comparada a la riqueza poseída por el líder de la Iglesia en Puebla. Pero, ofrendas siempre eran bienvenidas.

—Por favor déle nuestras gracias al general —alcanzó el obispo con una sonrisa cortés. Noriega asintió—. Dígame, Padre —dijo el obispo, poniendo la ofrenda en su escritorio—, oímos que Santa Anna lo estima mucho a usted, y hasta se ha puesto de acuerdo con el arzobispo

a patrocinar la finca de una nueva parroquia para usted cerca de su nueva hacienda fuera de Xalapa. ¿Es cierto?

—Sí, Su Gracia —Noriega contestó con toda la humildad que podía, aunque sus ojos buscaban la manera de Martínez por pistas de la actitud del obispo hacia su relación con Santa Anna.

—Tales noticias siempre son agradables, Padre. La jerarquía ha estado muy preocupada con las implicaciones de la revolución y la independencia mexicana. No estamos tan contentos de las acciones contra el virrey y la Corona como algunos de nuestros sacerdotes sirviendo en los pueblos.

Noriega asintió con un movimiento de la cabeza espontáneamente otra vez. Al hacer esto, Noriega empezó a notar que al encontrarse más y más en la presencia de figuras autoritativas como Santa Anna y sus superiores, más acostumbrado se puso en asentir compulsivamente.

Pero, pronto notó que hacía esta reacción mecánica, y vio que ahora el obispo lo ojeaba con cuidado y esperaba una respuesta.

—Su Gracia, sí reconozco que algunos sacerdotes en los pueblos pobres tenían simpatías para independencia —empezó—. Pero, Su Gracia, por favor entienda que no tengo ninguna opinión política. Mi único interés es en hacer la voluntad de Dios —dijo el padre sinceramente.

—Tiene una actitud muy buena, Padre, y me alegro en oírla. Pero, como usted sabe, las opiniones políticas de la Iglesia están desarrolladas lejos de las parroquias poblanas. Francamente, a los sacerdotes no les corresponde originar cualquiera opinión política. Nuestra única misión es difundir el evangelio y atender a nuestros rebaños. Pero, de todos modos, es importante que la Iglesia proteja sus intereses. Y las noticias que trae son buenas, Padre. He hablado con el arzobispo varias veces desde la coronación de nuestro nuevo emperador. Parece que el estatus de la Iglesia en un México nuevamente independiente ha salido intacto de la revolución política. Es más, quizás la Iglesia está más fuerte que nunca, aunque naturalmente estamos preocupados con la estabilidad del nuevo gobierno. Si un rebelde vicioso como Vicente Guerrero tomara el liderazgo en México, pensamos que no vacilaría en quitarle todo a la Iglesia —concluyó, negando con la cabeza.

Noriega midió las palabras del obispo con cuidado. Estaba sorprendido con las explicaciones claras y directas del obispo. El Padre Noriega entonces dijo, mirando a los ojos del obispo. —Creo que esta ofrenda del general lleva la intención de asegurarle que la Iglesia no tiene nada que temer de Antonio López de Santa Anna.

—Quizás, Padre —dijo el obispo y miró hacia la ofrenda modesta del general—. Pero quisiera acordarle que Santa Anna aparecía ser un general leal en el ejército real no hace mucho tiempo. Oímos que cuando lo arrinconaron los revolucionarios de Orizaba, el general tuvo una conversión filosófica conveniente hacia las opiniones de sus adversarios. Quizás su buen amigo, el general, tendrá otra tal experiencia si se encuentra en una situación parecida que hacía lealtad a la Iglesia...¿cómo diremos esto con delicadeza, Padre?...¿inconveniente?

—Quizás —concedió Noriega, queriendo evitar un debate con su superior ahora.

—Dígame, Padre —dijo el obispo, cuando se levantó e indicó que la reunión se había terminado—. ¿Qué piensa de este general ambicioso Antonio López de Santa Anna?

—No puedo no respetarlo, Su Gracia.

—¿En serio? Hasta con su predilección de cambiar con cada viento político y de poner sus propias ambiciones e intereses personales sobre todo?

—Sí, Su Gracia, pero todavía me cae bien —confirmó Noriega y sintió un sentido de lealtad inexplicable y extraño hacia Santa Anna.

—¿Me puede decir por qué le agrada este hombre?

—Bueno, Su Gracia....durante el transcurso de mis servicios como sacerdote, he madurado y he tenido experiencias con mucha gente diferente en la Ciudad de México, Xalapa, Veracruz, y ahora aún aquí en Puebla. —Noriega pasó sus ojos por las paredes y por las decoraciones opulentas y recargadas de la catedral—. He concluido que hay un poco de Santa Anna en todos nosotros.

El obispo era un hombre muy perceptivo y se crispó involuntariamente a las implicaciones de las palabras del padre.

—Quizás, Padre —dijo rígidamente el Obispo Martínez.

Noriega instantáneamente reconoció que debería de haber no dicho nada. Sabía que no podía retractar sus palabras, pero tomó alivio cuando el obispo no estaba mortalmente ofendido por la insinuación vaga.

Llamándole a un monje, quien pronto vino a su servicio, el obispo habló con autoridad.

—Padre Sánchez, este es el Padre Noriega de Veracruz. Por favor asegúrese que le den alojamiento en el monasterio por toda su visita. Padre Noriega ha servido la Iglesia bien en su parroquia humilde en Veracruz; tan bien que el General Santa Anna le está fincando una nueva parroquia cerca de su nueva hacienda.

—Impresionante, Padre —contestó el Padre Sánchez, un sacerdote maduro que estaba muy tierno y bien alimentado en su posición actual.

—Por favor, asegúrese que el Padre Noriega y su amiguito estén cómodos durante su visita.

—Sí, Su Gracia —dijo el Padre Sánchez, llevando a Noriega hacia atrás de la catedral, donde Francisco estaba comiéndose un pastel lleno de fruta.

El monasterio donde Noriega y Francisco fueron llevados para su estancia era lujoso. Los monjes allí disfrutaban de servicios sin pago de sirvientes indígenas, quienes atendían todos sus deseos y necesidades. Francisco y Noriega fueron dados sus propios cuartos. No como los hogares donde se habían quedado durante su viaje y habían dormido en tablas o en palos amarrados, las camas en el monasterio tenían colchones cómodos y sábanas suaves.

Los sirvientes indígenas llenaron baños calientes para Noriega y el joven Moya pronto después de llegar. Francisco no tenía interés en quedarse en el agua caliente, y después de un baño breve, se puso ropa limpia y salió con una monja a la cocina.

El Padre Noriega se quedó en la bañera en la sala vacía enorme de baños hasta que el agua enfrió a la temperatura ambiental y su piel estaba arrugada en sus dedos y sus pies. Cuando el padre se salía de la bañera para secarse, oyó el eco de la puerta abriendo y los pasos que seguían antes de la voz del Padre Sánchez. —Buenas tardes, Padre Noriega. Espero que esté gozando de su baño.

—Sí, Padre, gracias.

—Muy bien. . . . Eh, quería preguntarle algo si me permite. Me preguntaba sobre su amiguito. ¿Qué pasa con el niño?

—¿Ah? Pues, no tiene hermanos o hermanas, y su padre ha sido el aguadero de Santa Anna por muchos años ya —dijo Noriega, secándose con la toalla que le ofreció Sánchez—. General Santa Anna empleó al padre del niño pronto después que tomó posesión de su hacienda. El niño y su madre y su padre viven en la hacienda, y el padre del niño se encarga del agua y los jardines para el general. Paquito les llegó tarde en la vida, y su madre y su padre están viejitos. Cuando nació Francisco, eran una pareja madura y yerma que había aceptado su canasta vacía. Ya están enfermándose más en su edad vieja.

—Ah, sí. Entonces, ¿usted y el niño no tienen una relación especial?

—No, yo diría que sí. Respeto mucho a su padre y a su madre. General Santa Anna también está muy encariñado con el niño.

El Padre Sánchez sonrió.

—Pero el general me pidió que me lo trajera en este viaje. El general trata al niño como si fuera un sobrino. Santa Anna quería que empezara el proceso de la educación de Francisco con cosas fuera de Veracruz y Xalapa. Supongo que eso es especial —dijo Noriega antes de hacer pausa. Por fin, entendió el sentido de la pregunta del Padre Sánchez. Noriega negó y escudriñó a Sánchez—. Usted no me está preguntado lo que creo que me está preguntando, Padre Sánchez —dijo Noriega con más de un grano de ofensa.

—Padre, le aseguro que no lo quería ofender. Déjeme explicar.

El Padre Noriega se calmó y esperó.

—Es que —el Padre Sánchez aturdió—, el Obispo Martínez me dijo que me asegurara que no le faltara nada en su estancia aquí en Puebla, Padre. Mi trabajo es determinar, pues sí, determinar sus preferencias, las que sean. Y usted está viajando con un niño, y no sabía la historia del niño, Padre.

Noriega lo cortó de repente. —No hay nada de historia con el niño, Padre Sánchez; ninguna historia más que le dije. Ahora esta conversación ha empezado a ofenderme, Padre. Creo que deberemos cambiar de tema.

—Entiendo. Entonces, déjeme ver. En ese caso, debe saber que tenemos a unas cuantas señoritas para usted. ¿Prefiere una madura o una jovencita? —Sánchez le preguntó con sonrisa.

—¡Padre Sánchez! —explotó Noriega—. ¿No tiene honor? ¿Qué pasa con usted? ¡No prefiero ninguna! Hace años cuando tomé mis votos de celibato, pensé muy bien en las demandas del sacrificio —dijo, ojeando a Sánchez—. Cuando yo tomé esos votos, Padre, los tomé en serio. —Noriega negó con la cabeza en incredulidad mientras que el Padre Sánchez se le quedaba viendo en silencio. Por fin, Noriega habló otra vez—. Después de hablar con usted por unos cuantos minutos, ahora tengo mis dudas en la dedicación de la Iglesia a mantener sus votos sagrados, por lo menos aquí en Puebla.

Sánchez se quedó callado.

Noriega encogió los hombros. —Quizás el problema es mío. Yo soy sólo un sacerdote sencillo ingenuo de un templo poblano, Padre. Aunque personalmente estoy sorprendido que usted me ofrezca ayuda en romper mis votos, quizás no debo de estar.

Sánchez miró el suelo en vez del Padre Noriega.

—Pero, de aquí en adelante —continuó Noriega—, le agradecería si dejara la plática de hacer planes por mí.

Sánchez lo miró y asintió.

—Mi *preferencia* es no romper mis votos. ¿Entiende?

—Sí —dijo Sánchez asombrado—. Por supuesto, Padre, tiene razón, y le pido perdón. Bueno, si me permite, Padre Noriega, tengo unas cosas que hacer. Si quiere. . .ah, eh. . .quiero decir si necesita. . . Bueno, si puedo hacer algo para que su estancia sea más cómoda, por favor no falte en decirme.

Noriega asintió sin decir nada.

Pronto, el Padre Sánchez dejó la sala de baños del monasterio. Todavía moviendo la cabeza en desilusión, Noriega acabó de secarse.

Padre Noriega conoció a muchos de los monjes y las monjas en el monasterio durante su estancia en Puebla. Al lado de su cuarto vivía el Hermano Domínguez, quien le parecía a Noriega como un hombre muy amable y atractivo con una mandíbula cuadrada, ojos azules claros, pelo rubio

oscuro. La primera noche que Noriega estaba en el monasterio, conoció a Domínguez en un pasillo ancho cerca a medianoche. Buscando un trago de agua al fin del día, Noriega andaba por el monasterio callado cuando Domínguez regresó de afuera del edificio. Después de un intercambio breve en voz baja, Domínguez lo llevó a una jarra con agua.

Ya cuando se le quitó la sed a Noriega, revisó el cuarto de Francisco y encontró al niño durmiendo profundamente. Regresó entonces a su cuarto. Momentos después oyó una puerta abrir y cerrar al fin del pasillo, seguido por lo que creía ser la puerta del cuarto del Hermano Domínguez abriendo y cerrando.

Noriega se durmió por unos minutos cuando de repente fue despertado por azotes rítmicos originando del cuarto del Hermano Domínguez. Pronto después, Noriega oyó los ruidos de una mujer gritando, en éxtasis.

Luego, el padre pudo distinguir la voz del Hermano Domínguez gritar —¡Sí, Hermana! ¡Sí! —Segundos después, los ruidos se calmaron y pararon. Algunos minutos pasaron antes que la puerta del cuarto del Hermano Domínguez abriera y cerrara, y la puerta al fin del pasillo abriera y cerrara otra vez, por fin trayendo la noche reverberante y monástica a un fin.

Padre Noriega reposó despierto en la cama. Reconoció que iba ser difícil dormir bien en este monasterio.

Noriega desayunó con Francisco la siguiente mañana. Vio al Hermano Domínguez sentado con una monja en una mesa cercana. Cuando Noriega y Francisco se acercaron al Hermano Domínguez y la monja, les pidieron que se sentaran con ellos.

—Ésta es la Hermana Marta —dijo el Hermano Domínguez—. Hermana, él es el Padre Noriega de Veracruz.

Padre Noriega presentó a Francisco, y desayunaron.

La Hermana Marta era una monja gachupín atractiva de una familia rica en Puebla. Noriega estimó que tenía treinta años. Tenía pelo castaño que se revelaba en su frente aún con hábito, enmarcando sus facturas finas y delicadas, y sus ojos verdes que brillaban como jade tallado.

—Estaría interesado en saber de sus experiencias aquí en el monasterio de Puebla —confesó el Padre Noriega al terminar su desayuno.

—Sólo si usted me dice cómo es el General Santa Anna —contestó la Hermana Marta con ojos sonrientes.

Noriega asintió. —Sería un gusto.

Al acabarse su desayuno, Francisco pidió permiso a explorar los terrenos.

—No te vayas lejos del monasterio —advirtió Noriega.

Durante su conversación, Noriega aprendió que el Hermano Domínguez y la Hermana Marta habían llegado al monasterio pronto después que fue fincado hace unos años.

Noriega escuchó cuidadosamente mientras que la Hermana Marta expresó su placer con las comodidades en el monasterio. —¿De dónde vienen estos sirvientes del monasterio? —Noriega por fin preguntó.

La hermana pronto explicó: —La Iglesia no paga a estos sirvientes. Pero a veces los padres realizan funerales o bodas para las familias de los sirvientes por un precio reducido como cortesía.

Noriega asintió mientras un sirviente se llevó su plato y el plato de Francisco. Vio al sirviente comerse las últimas mordidas que quedaban en camino a la cocina.

—Si me permite, Hermano Domínguez, ¿cómo llegó a servir en este monasterio?

Domínguez sonrió. —Les debo a mis padres mi buena fortuna. Según parece, tuvieron que pagarle bastante a la Iglesia para mi posición aquí en este monasterio prestigioso.

Noriega supuso que Domínguez era de una familia gachupín rica o por lo menos una familia criolla rica con buenas conexiones.

Cuando la mañana terminó, Padre Noriega les dijo a los dos religiosos que partiría para la capital el siguiente día. Noriega luego se preguntaría si sólo se había imaginado los puntos negros oscureciendo con el brillo verde en los ojos de la Hermana Marta al anunciar su viaje inminente.

Después de revisar el cuarto de Francisco en la noche y descubrir que estaba dormido en su cuarto, Noriega otra vez se retiró a su propio cuarto. Menos de quince minutos después, también estaba dormido.

La luna menguaba por otra de sus etapas graduales y pasó un tiempo antes que un toque despertara al padre. Cuando abrió la puerta un poco, vio que era la Hermana Marta. —Buenas noches, Padre —preguntó al mover sus ojos verdes de un lado al otro—. Disculpa. ¿Lo levanté?

—Bueno, sí, me levantó, Hermana —admitió—. Pero está bien. ¿Con qué puedo ayudarle? ¿Hay un problema?

—Estaba hablando con el Hermano Domínguez después que se acostó usted y estábamos considerando leer las Escrituras en su cuarto esta noche, así como anoche. —Con estas palabras su sonrisa era sutil pero bastante clara—. Pero decidió que estaba demasiado cansado. Entonces vine a preguntarle si le gustaría dejarme entrar y podríamos leer las Escrituras juntos, ¿no, Padre? —Poco control se notaba en su tono y su expresión al terminar la última sugerencia, y su sentido era muy obvio al padre.

Basado en la evidencia audible que había oído la noche anterior, el Padre Noriega dudó que el Hermano Domínguez y la Hermana Marta estaban leyendo sus Biblias.

Noriega miró cuidadosamente a la Hermana Marta y buscó la respuesta apropiada. —¿Cuál libro en la Biblia estabas leyendo anoche, Hermana?

—Cantar de los Cantares.

El padre negó con la cabeza, reconociendo Cantar de los Cantares como el libro más erótico en la Biblia. Mantuvo las pocas pulgadas en la abertura de la entrada con esfuerzo renovado.

—Leyendo las Escrituras es siempre una tarea maravillosa, Hermana. Estoy muy contento en saber que usted y el Hermano Domínguez han sido tan exitosos en estudiar las Escrituras y servir a Nuestro Señor aquí. Normalmente, no me gustaría nada más que estudiar las Escrituras con otro sirviente de Dios, pero he preferido a repasar mis votos del celibato esta noche mejor. —La sonrisa de la Hermana Marta contrajo—. Repaso esos votos a menudo para mantenerlos frescos en mi mente —continuó el padre—, y tengo que confesar que el proceso de repaso me ha casado mucho. —La propia expresión del padre cambió a una de desilusión, y no sabía si era hacia la Hermana Marta o, más bien, hacia su propia persona—. Quizás podemos leer Escrituras juntos otro día, Hermana...¿Quizás en el comedor antes de desayunar?

Todavía agobiada por la respuesta del Padre Noriega, la cara de la hermana cayó. —Está bien, Padre —dijo con tono seco—. Buenas noches.

—Buenas noches, Hermana —dijo Noriega y gentilmente cerró la puerta.

Noriega rápido fue a la jarra de agua en la mesa de equina. Con las dos manos temblando, juntó agua y se la echó en la cara. Tomó una tela doblada y, respirando profundamente, secó su cara y regresó a cama.

El Padre Noriega dio vueltas y cayó en un sueño insomne varias veces esa noche. Despertó dos horas después, no pudiendo purgar la cara hermosa y evocativa de la Hermana Marta de su mente. Justo cuando se iba a dormir otra vez, oyó la puerta al cuarto del Hermano Domínguez abrir y cerrar. Unos minutos después oyó los mismos ruidos de la noche anterior. Por fin, el embeleso desesperado se calmó y cedió al silencio; el patrón se repetiría una vez más esa noche.

Toda la noche y con mayor esfuerzo, Noriega siguió con sus reflexiones en las diferencias entre la vida del monasterio y su tiempo pasado en los pueblos rurales; no pudo dejar de preguntarse si el Hermano Domínguez estaba «estudiando» esa noche con la Hermana Marta otra vez o con otra persona.

Cuando Noriega y Francisco se subieron a su diligencia para continuar su viaje a la Ciudad de México. Ambos estaban más preparados para esta jornada corta que la primera etapa a Puebla; la distancia de Puebla a la Ciudad de México siendo sólo setenta millas. Noriega ya entendió mejor las necesidades de viajar con niño de doce años, y Francisco estaba contento que, no como el Camino Nacional de Xalapa a Puebla, el viaje a la Ciudad de México no tenía los inclines peligrosos de las montañas.

El camino a la capital descendía sutilmente de los montecitos en las estribaciones de las Sierras. Aunque no era plano, el terreno era mucho más navegable que muchas partes en la etapa anterior del viaje. El padre y el niño tuvieron que ascender una cordillera más antes de llegar a la ciudad, pero el camino era mejor comparado a otros, esculpido por un paso pequeño entre dos peñas altísimas.

Mientras que la mula dirigía la diligencia humilde por el camino hacia la Ciudad de México, el Padre Noriega pensó en su visita con el Obispo Martínez de Puebla. Pensó en el estilo de vida de las monjas, los monjes, y los dignatarios de la Iglesia en la ciudad espectacular. También, consideró la belleza de la Hermana Marta. Trató de convencerse a apreciar que no había caído en tentación de sus pasiones amenazantes de su corazón durante esa noche difícil. Poco a poco decidió que sería juicioso recitar el Padre Nuestro mientras que él y Francisco traqueteaban en el camino. Entonces, en silencio, repitió la parte de la oración sobre tentación, dos veces.

## Capítulo Once

~

### El Arzobispo y las Poinsettias

Dos días después de salir de Puebla, Noriega y Francisco llegaron a las afueras de la Ciudad de México y entraron por el este.

El valle de Anahuac era una vista magnífica cuando descendieron en su diligencia. Rodeado por montañas en tres lados, sólo el norte era libre de barreras geológicas cuando entrando la capital. A su derecha, Noriega vio el humeado Popocatepetl durmiendo, y a su izquierda estaba el nevado Ixtaccíhuatl. Entre los lagos y los prados por el valle, estas dos cumbres eran dos puntos de referencia para los habitantes. Abajo, las agujas de las iglesias dominaban mucho del horizonte de la Ciudad de México en el siglo XIX. Al oeste de la capital estaba el monte de Chapultepec que había servido como campo de recreación para Moctezuma y en tiempos más recientes había contenido los virreyes españoles de la Ciudad de México; al este de la ciudad estaba el Lago Texcoco; y portales en varias ubicaciones señalaban caminos en cada dirección que iban a todas las ciudades más importantes en el país.

Cuando su diligencia entró la capital, encontraron calles anchas y adoquinadas e intersecciones atestadas pero ordenadas. Las moradas de techo plano proliferaban las avenidas reticuladas y las gradientes esporádicas con sus vecindarios agrupados pero brillantes. A menudo los balcones de segundo piso estaban decorados con telas rayadas o sólo una manta puesta a secar, pero no menos esplendentes con sus patrones hechos a mano. El padre fue recibido por todo esto y con indulgente recuerdo del tiempo agradable en la Ciudad de México: era otro día hermoso en la capital cuando llegaron.

Por supuesto, Noriega no se atrevió ir al norte de la ciudad; si hubiera, los vecindarios más pobres, los barrios sucios e infestados de alimañas y de crimen frecuente lo hubieran bienvenido.

Cuando el padre hizo su camino por un lado de la Plaza Mayor, la plaza pública enorme con la Catedral, los ojos de Francisco se abrieron para observar el ambiente y las características del lugar. Observó las varias casas con sus jardines colgando y los templos cercanos y los edificios públicos que ofrecían cúpulas y torres. El niño entonces escuchó mientras la Catedral y todas campanas por la ciudad sonaron su melodía singular por el aire resonante como señal de la hora de mediodía. Así de pronto como empezó su canción, tan pronto cesó; y los observantes otra vez contemplaron al gentío por falta de las sonadas. Aun más cerca a la plaza, Francisco vio los bulevares centrales con hileras de tiendas y puestos donde comerciantes creaban mercados de varias cosas.

La misma plaza estaba completamente pavimentada y llena de fuentes en cada una de sus cuatro esquinas y lámparas altas para iluminar la cuadra activa en la noche. En el centro estaba una estatua ecuestre bronceada de Carlos IV creada por el escultor español, Manuel Tolsa, después que el virrey Marqués de Branciforte lo comisionó a su propio gasto. Al pasar la estatua, el padre se preguntó cuánto tiempo tal recuerdo de la dominación española sería tolerado por el emperador auto-titulado de México, Agustín Iturbide.

Francisco mientras estaba asombrado por la Catedral enorme de la plaza. Extendía a lo largo del lado norteño de la plaza expansiva. El estilo barroco fue complementado por la arquitectura local cuando el Santuario fue añadido para crear una influencia y un diseño más nativos.

Arzobispo Pedro José de Fonte y Hernández Miravete ya estaba esperando al sacerdote de Veracruz. Obispo Martínez le había mandado un aviso por mensajero al arzobispo después que el Padre Noriega le informó de sus planes a continuar a la capital de Puebla.

El Padre Noriega y Francisco llegaron a la Catedral y pronto fueron recibidos amablemente por el Padre Jorge Mendoza, uno de los ayudantes del arzobispo. El Padre Mendoza era un hombre guapo, y unas cuantas pulgadas más bajo que el Padre Noriega, y tenía una cara afeitada y amable. El Padre Noriega pronto era acompañado a la oficina del arzobispo, y el Padre Mendoza se encargó que Francisco fuera llevado a otra parte de la Catedral para refrescarse.

Cuando el Padre Noriega pasó el altar magnífico notó el oro y la plata en la reja que rodeaba la mesa tendida. En general, los embellecimientos y los muebles en el edificio ancho y abovedado sobrepasaban aún esos adornos recargados vistos en Puebla.

Sólo de cuarenta y cuatro años y nacido en España, Arzobispo de Fonte y Hernández Miravete era un nuevo poder en la Iglesia Católica. Era un hombre mediano y no distinto pero poseía estrategias personales inteligentes y riqueza enorme. Ingresos a su disposición como el arzobispo de México eran más o menos 100,000 pesos al año, y Hernández Miravete no escatimaba gastos en asegurarse que disfrutaba de todos los gustos con la posición. Vivía en su propio palacio no lejos de la Catedral, y con una tropa de sirvientes disponibles no le faltaba

nada; su carroza acojinada y sus caballos bien condicionados eran unos de los más finos en el país.

Noriega observó los alojamientos de la jerarquía y encontró una gran ironía en la parte de su misión en que le presentaba al arzobispo aun más dinero, mientras él y otros sacerdotes como él trabajaban en los pueblos por todo México y podían vivir con sólo diez pesos al mes.

Sin embargo, cuando Noriega fue presentado al arzobispo, le besó la mano a su superior. Ambos sonrieron con cortesía al comenzar su reunión. El Padre Noriega había conocido al arzobispo antes en su carrera, pero dudaba que lo reconociera el arzobispo, a quien no se le podía obligar los nombres y las caras de los cientos de sacerdotes por todo el país.

—Recibí una carta del Obispo Martínez, avisándome de su visita, Padre —dijo el arzobispo—. Estamos contentos que llegó con bien. ¿Espero que su viaje no fue muy difícil?

—No, Su Gracia. Comparado al viaje de Xalapa a Puebla, era muy agradable.

El arzobispo asintió con una sonrisa. —Obispo Martínez me acordó que el General Santa Anna le tiene mucho respeto, y que mandó con usted un regalo para la Iglesia en Puebla.

—Sí, Su Gracia. Era una ofrenda humilde del general a la Iglesia.

—Qué generoso del general en acordarse de los que obran para Dios.

—El general también mandó una ofrenda para la Iglesia aquí en la capital, Su Gracia —contestó Noriega y extendió la caja que Santa Anna había mandado con él.

—¡De verdad! —dijo el arzobispo, fingiendo sorpresa.

El arzobispo graciosamente puso la caja a su izquierda en el escritorio, resistiendo la tentación de abrirla, y regresó su mirada al sacerdote enfrente de él.

—Dígame de este General Santa Anna, Padre. Oímos mucho aquí en la capital que es difícil separar la verdad de rumores. ¿Qué clase de hombre es?

—Supongo, Su Gracia, que es la clase de hombre de mandarme aquí en su nombre a expresar su lealtad a usted y a la Iglesia.

Ahora el arzobispo no pudo resistir la tentación de abrir la caja, para poder medir las lealtades de este nuevo político arribista. Cuando abrió la caja, no pudo no mostrar un poco de su sorpresa. Parecía que Santa Anna le había mandado entre cinco y diez mil pesos. Impresionado más de la magnitud de la ofrenda de Santa Anna, el arzobispo otra vez regresó su mirada al Padre Noriega y sonrió. —Padre ¿qué más hay en saber del General Santa Anna? Obviamente en su regalo podemos ver la lealtad del hombre a la Iglesia, pero estoy curioso. ¿Qué requiere de un sirviente humilde de Nuestro Señor?

Noriega negó. —Nada, Su Gracia. No tengo ninguna solicitud que pedirle a usted o a la Iglesia de parte de Santa Anna.

El arzobispo asintió pero no se convenció. —También recuerdo que dio los fondos para una nueva parroquia en Xalapa.

—Su Gracia —dijo el padre queriendo evitar ese tema—, General Santa Anna sólo me pidió venir aquí a presentarle esta ofrenda para la Iglesia y para asegurarle que apoya el poder continuo y la autoridad de la Iglesia aquí en México.

—Pues, es muy estimulante saber que el general sea tan leal a la Iglesia. Como bien sabe, con la independencia de España se revelaron nuevos peligros para nosotros. Aunque haya muchos sacerdotes ingenuos sirviendo en los pueblos que son compasivos a la política de los liberales, quiénes ellos mismos están en contra de la Iglesia y muchas de sus enseñanzas más importantes, es nuestra política con la garantía específica del Plan de Iguala que la Iglesia se debe conservar. Es absolutamente crítico al balance de poder en nuestro nuevo país.

—Sí, Su Gracia —Noriega asintió diminutivamente. No quería que esta conversación en particular cambiara al tema de política nacional o de la Iglesia.

—¿Cuándo empezará su viaje de regreso a Xalapa, Padre? —preguntó el arzobispo y se paró.

—En unos días, Su Gracia. Estoy viajando con un niño de quién se ha encariñado Santa Anna. El general quería que lo llevara a conocer algunas partes de la capital antes de regresar.

—Muy bien, Padre. Tendremos una recepción en mi palacio para los enviados de los Estados Unidos mañana en la noche. Mi palacio es muy cómodo, y tenemos muchos cuartos vacíos. Estoy seguro que estarán más cómodos allí. ¿Quizás le gustaría a usted estar con nosotros para la recepción y conocer a este hombre, el Señor Poinsett, de los Estados Unidos?

—Quizás, Su Gracia, pero estoy seguro que no tengo la ropa apropiada para tal hecho. Aún lavada, creo que mi ropa sería una vergüenza para usted.

—Tonterías, Padre. Le diré al Padre Mendoza que le encargue a uno de los monjes la tarea de encontrarle un nuevo traje. Será uno apropiado para un sacerdote en asistencia a una gran recepción social aquí en la capital.

—Gracias, Su Gracia —dijo Noriega y miró una vez más las paredes y las molduras doradas en el cuarto lujosamente alfombrado, haciendo pausa en ver la caja conteniendo la ofrenda superflua de Santa Anna.

El siguiente día Noriega y Francisco caminaron dos cuadras del palacio del arzobispo a ver los lugares turísticos de la capital. Enfrente de la Catedral en el lado este de la plaza, estaba el Palacio Nacional, un edificio gubernamental gigantesco de tres pisos con un gran balcón que corría a lo largo de él. La variación de las ventanas y las puertas le daba a uno un sentido de desequilibrio, pero había sido una vez la propiedad de Hernán Cortés, el gran explorador español. En los últimos años el Palacio había contenido los virreyes que representaban la Corona Española, y detrás de algunas de esas ventanas estaba Agustín Iturbide, el nuevo emperador de México, quien había tomado el nombre humilde de «Agustín I».

Unas cuadras de la plaza, Noriega y Francisco caminaban entre unas tiendas fijándose en las varias cosas ofrecidas por comerciantes. Noriega a penas tenía bastantes fondos para el viaje de regreso a Xalapa, entonces él y Francisco no buscaban qué comprar sino sólo miraban las varias cosas. Francisco ya sabía que no podía pedirle al padre que le comprara algo para él. Como con su propia familia, él tenía la sensación que el sacerdote no tenía dinero para gastar en las cosas en el mercado. Francisco entendía muy bien que antes del traslado reciente a Manga de Clavo, el padre y los padres de Francisco había tenido una vida muy difícil, luchando contra el proceso de obtener aún las necesidades más básicas para vivir.

Cuando el padre y el niño dejaron estos establecimientos y cruzaron una calle ocupada, Francisco apuntó a una exposición de ventana cercana. —Mira, Padre, ¡una espada de soldado!

—Bueno, m'ijo, vamos a verla ¿eh? —respondió el padre de buena gana.

Mientras que examinaban la espada el comerciante se acercó y empezó su discurso de venta. —Debe de examinar esta espada, Padre. Sería una adición muy fina a cualquier colección.

—Señor, ¿a quién le pertenecía esta espada? —preguntó Francisco.

—No sé su nombre —contestó el comerciante gordo y tocó su bigote pequeño a pensar—. Era un soldado con la caballería de nuestro gran emperador, supongo. ¿Por qué preguntas?

—¡Porque yo tengo una espada de soldado también! —exclamó Francisco con una sonrisa grande.

—De verdad —dijo el comerciante y miró a Noriega, quien confirmó esto con mover la cabeza.

—Sí, señor. General Antonio López de Santa Anna me la dio.

—¿De verdad? ¿Te gustaría vendérmela, amigo?

—No la tengo aquí, señor. Está en Manga de Clavo. Mi padre es el aguadero del General Santa Anna, y vivimos allí en la hacienda.

El comerciante le sonrió a Francisco y se arrimó para ofrecerle al niño un consejo. —Guarda esa espada por unos años, mi amiguito. Un día de estos, si las cosas siguen cambiando en México, le valdrá una fortuna a un colector.

—La guardaré, señor —prometió Francisco—. Quizás si está en Xalapa un día, puede venir a Manga de Clavo, y se la enseñaré.

—Quizás —contestó el comerciante, quien entonces se presentó—. Me llamo Juan Trujillo —dijo y le ofreció su mano al padre.

—Soy Padre Noriega, y este es Francisco Moya.

Francisco le saludó a Trujillo antes de salir de la tienda y regresar al palacio del arzobispo.

Francisco sonrió cuando se fueron. Después de cambiar frutas y otras cosas por ingresos minúsculos en las afueras de Veracruz, se dio cuenta que la espada del general era algo que podría usar para ampliar su afición a una carrera un día.

Temprano esa tarde, uno de los auxiliares del arzobispo tocó en la puerta de Noriega. Un sacerdote que se presentó como el Padre Roberto Tornillo le dio al Padre Noriega vestiduras nuevas hechas de la tela más fina.

—Gracias, Padre —dijo Noriega y manejó el traje con cuidado.

El Padre Tornillo se rezagó en la puerta. —¿Requiere algo? —preguntó Noriega.

—No, Padre. Le iba a preguntar a usted la misma cosa. El arzobispo me dio instrucciones de asegurarme si quería algo durante su estancia aquí. ¿Tiene deseos especiales? —el auxiliar preguntó con las cejas elevadas.

—No, Padre. Ningunos deseos especiales. Esta es la tela más fina que he poseído.

—Bueno, Padre, la vestidura es nada especial —explicó el panzón Padre Tornillo y se sobó su cabeza calva—. Es la norma aquí. Todos nuestros sacerdotes de parroquia llevan estos trajes a las recepciones sociales en la capital.

—Pero todavía es más bonito que lo que vemos en las iglesias de los pueblos. Por favor exprésele mi gratitud al arzobispo —Noriega le dijo agradecido.

—Tendrá la oportunidad de decirle usted mismo esta noche, Padre. También, debe de saber que el Señor Poinsett, el enviado especial de los Estados Unidos, estará allí. Cuando oyo de su relación cercana con el General Santa Anna, expresé su interés en conocerlo —dijo Tornillo y se salió.

—Espero agradecerle al arzobispo y tener una buena plática con el Señor Poinsett —dijo Noriega antes de cerrar la puerta.

Noriega bebió a sorbos una copa de vino tinto francés muy caro en la recepción esa noche; era el vino más fino que había probado. Justo había sido presentado al Señor Joel Poinsett por el Padre Mendoza. Poinsett, un americano, parecía estar en sus cuarentas y tenía una nariz larga, oídos largos, y pelo corto. El Padre Noriega escuchó a Poinsett hablar y notó que el hombre hablaba español con un acento extraño.

Aunque Noriega originalmente había odiado la misión en que Santa Anna lo había mandado, ya descubría su talento natural sorprendente de juntar información. Por ejemplo, era un oyente excelente y muy experto en hacer preguntas indefinidas donde «sí» o «no» no eran suficientes.

Noriega pronto aprendió que Poinsett era un botanista ávido a la vez sirviendo como Representativo en el Congreso estadounidense del estado de Carolina del Sur. Aparentemente Poinsett había pasado tiempo en México antes de la independencia y entendía bien la situación en Nueva España como diplomático del Presidente James Madison.

—Ya estoy hablando demasiado —dijo Poinsett con vergüenza de dominar la conversación—. Dígame del General Santa Anna.

—¿Qué le gustaría saber, Señor Poinsett?

—¿Qué clase de hombre es, Padre? ¿Qué son sus fuerzas, sus debilidades, y sus intereses?

—Bueno...Le gustan las peleas de gallos más que nada —Noriega por fin ofreció.

Poinsett tembló con risa. —Bueno, Padre, eso es un principio...y un gran complemento de donde yo vengo. Nos encanta la pelea de gallos en la Carolina del Sur.

El padre sonrió y ambos hicieron pausa.

—¿Qué más debería saber el Presidente de los Estados Unidos de uno de los generales más famosos en México, Padre?

—Sé que es muy leal a la Iglesia. Es más, la única razón que estoy aquí es porque el general me pidió que les diera un mensaje a los oficiales de la Iglesia en Puebla y en la capital para expresar su lealtad.

—Qué interesante, Padre. Entonces, el general apoya la Iglesia, ¿eh? ¡Qué admirable! —dijo Poinsett y levantó su vaso para brindar.

Noriega y el Padre Mendoza, quien había reentrado la conversación, levantaron sus vasos de acuerdo con él, y los tres hombres bebieron a sorbos.

—Me estoy preguntando, Señor Poinsett —dijo Noriega—, ¿Qué piensa el gobierno de los Estados Unidos de la independencia de México?

Poinsett sonrió cuando se dio cuenta que Noriega probablemente estaba juntando información para Santa Anna. —El Presidente Monroe opone la reconquista de su país, o otra colonia nueva, por España u otro país europeo, Padre.

El Padre Mendoza interrumpió la plática. —Señores, ¿puedo llenarles las copas?

—¡Sí, por favor! —Noriega y el enviado estadounidense respondieron al mismo tiempo. Mendoza sonrió antes de llevarse las copas vacías y buscar uno de los muchos sirvientes.

—Y puede decir, Señor Poinsett —continuó Noriega—, ¿qué piensa su presidente de nuestra nueva monarquía aquí?

—No puedo contestar por el presidente en esa pregunta, Padre. Es un concepto muy extraño en los Estados Unidos: un monarca auto-nombrado.

—Está bien, señor. ¿Qué piensa usted personalmente del monarca?

—Esa es una pregunta delicada, Padre. ¿Puedo hablar francamente y en confianza?

Noriega abrió sus brazos con sus palmas hacia arriba. —Señor Poinsett, soy sólo un sacerdote humilde de Xalapa; no un empleado de los periódicos o del monarca. Nadie me pondría atención si usted me dijera algo y yo tratara a decírselo a alguien.

—Está bien —Poinsett se arrimó y miró a Noriega en el ojo—. No creo que su Emperador, Agustín el Primero, va a durar, Padre.

—¿Verdad? ¿Por qué duda el futuro de Agustín, señor?

Poinsett miró alrededor de ellos y bajó su voz aún más. —Iturbide ha tenido problemas en consolidar su posición política, Padre. Los liberales que se opusieron contra España y la Iglesia ya lamentan su alianza con Iturbide durante la lucha por independencia. Oigo que ya conspiran su caída en este momento.

—¿Ellos, Señor Poinsett? ¿Quiénes son ellos?

—No lo oyó de mí, Padre. Si enfrentado, yo negaría saber toda esta información, porque está basada en rumores. Sin embargo, le debo decir que yo pienso que esta información es confiable.

Otra vez Noriega encogió los hombros y fingió insignificancia por su parte. —Por favor continúe, Señor Poinsett, —urgió.

—Me dicen que los generales Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero preferirían una república aquí en México que una monarquía. Cuando Iturbide se declaró Emperador, todos los puestos en México han sido para sus otros conservadores. Es mi entendimiento que los liberales han sido excluidos del poder por Agustín, y sienten que merecen más poder, porque lucharon mucho durante la revolución.

—Ya entiendo —dijo Noriega, fijándose que al otro lado de la sala el Padre Mendoza había mandado a un sirviente a la bodega por otra botella de vino.

Poinsett continuó a compartir información, y Noriega escuchó cuidadosamente. —Y hay más en esta opinión del monarca que sólo la oposición de los liberales. Entienda, Padre, el emperador ya está comprometido en sus finanzas, y está prestando demasiado. Me dicen que ya vació la hacienda hace mucho tiempo, principalmente porque la única gente que vive con más extravagancia son los miembros de la jerarquía de la Iglesia —dijo Poinsett y señaló con su mano a la sala.

El Padre Noriega asintió sin decir nada.

—La verdad es que la hacienda de su país se vació desde la declaración de la monarquía, e Iturbide vive de préstamos forzados y confiscaciones. Está imprimiendo dinero de papel en el Palacio Nacional todos los días. Los precios están subiendo, y los hombres ricos con quien hablo están completamente repugnados con la política de Iturbide.

El padre afirmaba todo con mover la cabeza sin pensar pero notaba todo que Poinsett decía.

—Hasta los pobres están indignados, al ver que el valor de su moneda está desintegrándose —terminó Poinsett.

—Parece que está pronosticando un futuro muy severo para nuestro emperador, Señor Poinsett.

—Sí. Y hay una cosa más que el emperador está descuidando que sin duda va a llevarlo a la ruina.

—¿Qué es eso, Señor Poinsett?

—No les está pagando a sus tropas.

—¿No? —preguntó Noriega con incredulidad.

—No. Y eso lo llevará a ruina más pronto que cualquier otro error.

Noriega iba a contestarle cuando el Padre Mendoza regresó con sus copas llenas. — Gracias —dijeron los dos hombres y bebieron su vino con el Padre Mendoza.

—¿Le interesa la horticultura, Padre Mendoza? —preguntó Poinsett.

—Un poco.

Mirando a los sacerdotes, Poinsett declaró: —Caballeros, he encontrado una planta cerca a Taxco del Alarcón que es muy interesante. Ya tengo varias muestras en mi residencia aquí en la capital, y son destacadas. Las hojas de la planta son rojas en el invierno, y creo que esta especie será muy popular en los Estados Unidos durante la época de Navidad.

—¿Qué es el nombre de esta planta? —preguntó Noriega.

—El nombre es de alguna derivación indígena, que yo no puedo pronunciar muy bien. Pero voy a llevarme muestras a los Estados Unidos.

Los dos sacerdotes asintieron y bebieron su vino otra vez.

—Señores, soy un hombre humilde —continuó el diputado con una gran sonrisa—, pero cuando regrese, pienso nombrarla la Poinsettia.

—Quizás con ese nombre maravilloso, la planta tendrá éxito en su país, Señor Poinsett —dijo Noriega con una sonrisa mayormente chueca.

—Creo que sí —dijo Poinsett y tomó la mano de Noriega—. He disfrutado de su compañía, Padre; pero porque usted escucha muy bien y yo tengo la tendencia de hablar, he aprendido muy poco de su amigo, el general. ¿Hay algo más que me pueda decir de él? Me platican que cuando estaba rodeado de enemigos de la Corona y enfrentado con la certeza de muerte durante la guerra de independencia, cambió de equipo. —El padre sonrió sin comentar—. Me dicen que ahora es el comandante militar del estado de Veracruz y que se ha hecho rico a la expensa de otros. ¿Qué dice de estos reportes, Padre?

Noriega miró a Poinsett cuidadosamente, y luego al Padre Mendoza, y al enviado estadounidense antes de contestar: —Señores, creo que hay un poco de Santa Anna en todos nosotros —dijo Noriega al gusto y el humor de los dos hombres.

## Capítulo Doce

~

### El Emperador

El cura anciano saboreó lo que quedaba en su copa y lo pensó tan divino y complejo como ese vendimia francés de la recepción en la capital hace muchas décadas. Volteó y consideró en reflejo y sentimiento iguales al comerciante envejecido que le había traído el vino al principio de la tarde; ahora este hombre canoso, su estudiante antiguo y su amigo por toda la vida, había cambiado tanto de su apariencia juvenil pero todavía era afable y ejemplar a pesar del tiempo y sus influencias corrompidas.

—¿Qué pasa, Padre —preguntó Moya—. ¿Quiere más vinito?

—No, mi amigo. Creo que sería una desperdicia tomar más ya. ¿Lo guardamos para mañana?

—¿Mañana? ¿Qué lo hace pensar que voy a regresar aquí mañana, Padre? —Moya trató de expresar un sentido de indignación.

—Regresarás. O me voy a tomar el resto de la botella yo solo...y yo sé de experiencia que no puedes tolerar eso.

Moya se rió.

—Vamos a fumarnos un cigarro mejor —propuso el padre.

—Ya no tengo cigarros, Padre, pero espero tener más la próxima semana.

—¿Tú crees que yo sólo estoy esperando que tú me traigas vino y cigarros, muchacho?

Incluso, todavía tengo dos cigarros, amigo —dijo el padre con una sonrisa—. Uno de mis amigos que anda en el contrabando me dio una docena de cigarros bonitos hace unas semanas, y guardé dos para una ocasión como esta.

—¿Y qué clase de ocasión es esta, Padre?

—El Presidente está muerto, amigo.

Moya movió la cabeza con tristeza al aceptar uno de los cigarros que el padre le dio.

El cura suspiró: —Cuando pienso del Presidente, mis recuerdos se llenan con tantas otras caras y nombres, muchos de ellos traicionados eventualmente en una manera u otra por nuestro amigo. ¿Te recuerdas cuando el Presidente Victoria visitó la hacienda? —preguntó el padre.

—¿El Presidente Victoria estaba allí en la hacienda? —preguntó Moya.

—Sí —dijo el padre y recordó la ocasión rara, la cual había coincidido con su regreso del viaje de Puebla y la capital.



Cuando Noriega y el joven Francisco pasaron por la entrada y pasaron la casa principal en Manga de Clavo al oscurecer, el padre supo que algo serio estaba ocurriendo. Varias carrozas y treinta caballos rodeaban la fuente enfrente. Francisco miró a los caballos y las carrozas pero estaba demasiado emocionado para más que una vista; quería encontrar a sus padres para contarles de sus aventuras.

Noriega se bajó de su asiento cuando Ángel Télles vino de las caballerías para encargarse de la mula y la diligencia. Télles era un hombre delgado y bajo con pelo canoso y una mirada estoica en su cara delgada y acabada, la cual contrastaba con su personalidad alegre.

—Bienvenido, Padre. ¿Tuvieron buen viaje usted y Paquito? —preguntó Télles cuando se subió al carro.

—Sí —contestó el padre, distraído. Todavía quería ver más bien los caballos amarrados—. Fue un buen viaje, Ángel.

—¿Y Francisco? ¿Disfrutó el viaje?

—¿Francisco? Ah, sí, está bien. Pero, Ángel —preguntó el padre y por fin se dirigió a preguntarle al hombre de librea del general—. Estos caballos y estas carrozas...¿quién está aquí en Manga de Clavo hoy?

—Es el General Victoria, Padre —dijo Télles—. Llegó aquí con algunos de sus hombres temprano hoy en la mañana.

—¿Lo esperaba nuestro general?

—Ahora que lo dice, Padre, creo que sí. Me dijo que preparara comida y cuidado para una docena más de caballos hace unos días. Pensé que iba a traer caballos nuevos a la hacienda para él mismo, pero hoy en la mañana el General Victoria llegó con sus hombres. ¿Por qué pregunta, Padre?

—Ninguna razón, amigo. Estaba un poco sorprendido con todos los caballos nuevos por aquí. Pero ya estoy cansado. Creo que me retiro. El viaje fue muy largo, y estos últimos días eran difíciles con las lluvias en las montañas. ¿Y puedes darle a esta mula una ración más? La merece después de estos últimos días.

—Sí, Padre. Tendrá bastante grano esta noche.

Noriega se despertó la próxima mañana y caminó alrededor de los edificios cerca a los campos principales de la hacienda. El terreno estaba fresco y rociado, y la tierra estaba húmeda con señas que había llovido con frecuencia en días recientes. Sin embargo, todos los caballos de la noche anterior ya no estaban enfrente de la casa principal. Noriega sabía que pronto Santa Anna esperaba un reporte de su viaje.

Al comerse su desayuno con hambre, mandó uno de sus sirvientes a llamarle a Noriega. —Dígame, Padre —dijo el general cuando el Padre Noriega llegó en el balcón y se sentó al lado de la mesa—. ¿Qué información obtuvo durante su visita a las catedrales de Puebla y de la capital? Sin duda, llegó con un poco más que oraciones nuevas y bendiciones —Santa Anna dijo con una sonrisa.

—Pues, señor, creo que sus ofrendas a la Iglesia fueron bien recibidas.

Santa Anna asintió. —Muy bien —dijo y señaló con su mano que el padre continuara.

—Aunque escépticos que usted tiene un motivo oculto, la Iglesia nunca rechaza lo que cae en el platillo.

—Creo que no, Padre. Sin duda, vio cómo sus hermanos en el servicio de Dios en Puebla y en la capital viven mejor que usted cuando estaba en los pueblos de Veracruz.

—Sí, me fijé —admitió.

—Padre, sabe que estoy ansioso en oír lo que aprendió de los oficiales de la Iglesia según Iturbide.

—Sí. El Obispo Martínez y el Arzobispo de Fonte no tenían mucho que decir de Iturbide. Y no era...¿cómo lo dijo? —negó—. No era fácil encontrar otros momentos apropiados o palabras apropiadas para usar con los oficiales de la Iglesia en ayudarme juntar información de ellos. Sean lo que sean, son mis superiores.

Santa Anna se aguantó el deseo de corregir al padre. El general había pensado recientemente que *él* ahora era el superior de Noriega. —¿Me está diciendo que no tiene nada para mí, Padre? ¿Después de no estar varias semanas y regalar mi dinero?

—No, General, sí tengo información, pero viene de un enviado del Presidente de los Estados Unidos.

—¿Ah? —declaró el general con mayor curiosidad—. Díme de este estadounidense.

—Señor Poinsett, con quien hablé por un rato durante una recepción en el palacio del arzobispo en la Ciudad de México, tuvo muchas cosas interesantes que decir.

—Enviado del presidente de los Estados Unidos —Santa Anna dijo con un tono impresionado—. Otra vez ¿cómo se llama este hombre, Padre?

—Señor Joel Poinsett...y ya cuando empezó a hablar, me dio un punto de vista muy interesante de Iturbide y algunos de sus problemas en la Ciudad de México.

—¿Pudo determinar las intenciones del emperador hacia mí, Padre? —preguntó Santa Anna con impaciencia.

—Creo que el emperador no tiene tiempo para estar preocupado de usted, General.

—¿No? ¿Por qué dice esto?

—Parece que Iturbide tiene otros problemas más graves. Parece, según Poinsett, que quebró la hacienda nacional; que está involucrado en una confiscación extensiva y en unos préstamos forzados de muchos españoles para pagar por su estilo de vida extravagante.

—¿Préstamos forzados y confiscaciones? —dijo Santa Anna, fingiendo desdén—. Es una táctica injusta. Es muy interesante. ¿Hay más?

—Sí, General. El emperador ahora tiene enemigos muy poderosos dentro de los elementos más liberales en México. Señor Poinsett cree que conspiraciones están desarrollándose que podrían llevar a la derrota de Iturbide.

—Así que nuestros compatriotas liberales están conspirando contra nuestro emperador glorioso —Santa Anna repitió con sorpresa. El general hizo pausa y sorbió su café—. ¿Este Poinsett le dio nombres, Padre?

—Unos cuantos. —El padre negó, disfrutando en dilatar el general.

—¿Entonces, cura? ¿Me va a decir los nombres? ¿Tengo que sacarle todo a fuerzas hoy, Padre?

—Piensa que Vicente Guerrero está planeando una rebelión, General.

—Guerrero, ¿eh? —murmuró Santa Anna—. Ese rebelde viejo siempre está planeando una rebelión. ¿Alguien más?

—Sí, General, hay otro nombre.

—¿Y? —preguntó Santa Anna con un tono de coraje.

—General Guadalupe Victoria. Poinsett dijo que había varias fuentes confiables por toda la capital diciéndole que Victoria estaba en esta región organizando una rebelión, quizás con Guerrero.

El padre observó a Santa Anna muy bien a determinar si el general se daría cuenta que Noriega sabía que General Victoria estuvo en la hacienda la noche anterior.

—¿Victoria? —contestó el general. Su mente corriendo, y se distrajo por un momento. Pero, igual de rápido, el general regresó a la conversación actual—. ¿Hay algo más, Padre?

—Eso es todo, General. Parece que el Señor Poinsett tenía acceso a mucha información y rumores, y después de una copa o dos de vino compartió lo que sabía conmigo.

—¿Qué era su motivación? ¿Por qué compartiría este «yanqui» tal información con usted?

—Yo sólo soy un sacerdote humilde de un pueblito, General —dijo Noriega, extendiendo sus brazos con las palmas hacia arriba—. ¿Qué daño hay en un diálogo interesante con un sacerdote inofensivo en una recepción?

—¿Le dijo esto? —rió Santa Anna.

—Sí, General, le dije esto. Tenía que bajarle los humos cuando lo vi queriendo sacarle a nuestra conversación.

El general estaba muy contento con el reportaje que había recibido del padre y empezó a pensar más de las implicaciones de lo que ahora sabía.

Después de un momento, el padre añadió: —Ah, sí, General, ya casi se me olvidó. Hay una cosa más y creo que puede ser crítica.

El general se arrimó.

—Señor Poinsett dijo que las tropas del emperador en la capital no estaban muy contentas. Aparentemente, nuestro emperador no les está pagando a sus soldados.

—Eso es algo que un líder exitoso en México no puede hacer —dijo Santa Anna—. Pienso que su amigo Señor Poinsett tiene razón. Si no está pagando a sus soldados, Agustín el Primero sí tiene problemas.

Después de esperar mientras que Santa Anna pensaba en silencio otra vez, Noriega preguntó si había algo más.

—No. Cumplió su misión magníficamente, Padre. Si usted fuera un explorador en el ejército, yo le daría una medalla y una promoción.

—Gracias, General —dijo Noriega graciosamente cuando se levantó de la silla. Entonces, casualmente, preguntó: —General, ¿puedo preguntarle cómo va la construcción desde mi partida?

—¿Construcción? —dijo Santa Anna, confundido por un momento—. Ah, sí, por supuesto, Padre...la nueva parroquia. Por favor acuérdeame mañana, Padre. Voy a estar muy ocupado todo el resto del día.

—Sí, General —dijo Noriega—. Ah, General —dijo Noriega antes de llegar a la puerta—. Había varios caballos aquí en la hacienda cuando Francisco y yo regresamos ayer.

—¿Se retiró temprano anoche, Padre? No lo vi llegar.

—Sí, General.

Santa Anna mordió su labio y mintió. —Sólo eran amigos de una hacienda cercana. Se divirtieron y partieron anoche. —El general hizo pausa—. No supe que llegó ayer hasta que María me dijo hoy temprano. —Santa Anna ofreció con una sonrisa tímida.

El padre ignoró la pista que el general estaba acostándose con la niña de quince años, lo cual ya lo sabía. —Sí, General. Me acosté inmediatamente; fue un viaje muy largo.

—Sí, es un viaje muy largo —dijo de acuerdo.

Cuando el padre salió de la casa principal, sentía la desilusión de saber que no estaba en las confianzas del general para enterarse que el General Victoria había estado en Manga de Clavo sólo el día anterior.



—Entonces, ¿el Presidente no le dijo que General Victoria estaba en la hacienda el día que regresamos de la Ciudad de México? —dijo el maduro Moya después de chuparle a su cigarro que Noriega le había dado.

—No. Creo que no quería que yo supiera que ya estaba trabajando hacia la caída de Iturbide. En verdad, el Presidente ya tenía dos esquemas diferentes al mismo tiempo. Estaba manipulando a un general mexicano y a un general español.

—¿Qué hacía el Presidente para manipularlos?

—Parece que había convencido a un general de brigada español, llamado Francisco Lemaur, a intentar una reconquista del puerto de Veracruz desde su fortaleza en el puerto. Y como parte de ese plan, el Presidente también estaba tratando de deshacerse de un General José Antonio Echávarri, a quien Santa Anna quería matado por las tropas españolas; todo para facilitar el complot mayor del Presidente para que pudiera ostentar cómo tomó una gran victoria sobre los españoles en Veracruz.

—Dios mío —dijo Moya y se sobó su sien izquierdo, pero sabiendo también que era sólo el principio de un lista interminable de engaños—. Ah, perdón, Padre.

Noriega descartó la frase irreverente pero no intencionada con un movimiento de mano. —Ya sé, pero es verdad. Pues, ambos generales cayeron en la red engañosa de Santa Anna. Echávarri, quien era el oficial superior del Presidente en esa época, a penas se escapó de los españoles quienes fueron avisados dónde estaba Echávarri por nuestro amigo.

—¿Por qué conspiraría el Presidente con los españoles para lastimar a un general mexicano?

—Como muchas de las víctimas, me imagino que Echávarri era otro gallo en la gallinera que requería eliminación. Pero no te olvides que Santa Anna también traicionó al general español; como resultado Santa Anna capturó a casi trescientos soldados del General Lemaur cuando llegaron a Veracruz.

—¿El Presidente capturó a Lemaur, también?

—No. Cuando el General Lemaur observó que todo no estaba bien con el esquema anterior, pronto sospechó y regresó a la fortaleza de isla en el puerto. Pero, era demasiado tarde desde un punto de vista militar. Santa Anna pudo reclamar una gran victoria sobre el ataque intentado por las tropas españolas; y, con casi trescientos prisioneros españoles como evidencia de su gran victoria, su popularidad subió muchísimo entre la gente. Había salvado a Veracruz.

—¿Qué hizo General Echávarri después que se escapó de capturar?

Noriega se rió. —Cuando el General Echávarri por fin se dio cuenta que parte del plan de Santa Anna era que fuera tomado prisionero por los españoles, estaba furioso de la traición. Le mandó una carta cáustica a Iturbide inmediatamente después del incidente en un esfuerzo a exponer la ambición sin límite de Santa Anna.

—No me acuerdo de esto —dijo Moya, negando con la cabeza.

—Eras sólo un niño, y qué bueno que todo esto pasó cuando tú y yo estábamos en Puebla y la capital, amigo. Además, aunque tenía otros problemas, el emperador ahora pensaba Santa Anna una amenaza muy grande, entonces se marchó a Xalapa pronto después que nosotros dejamos la capital para regresar a Manga de Clavo —concluyó Noriega.



El auto-nombrado Emperador Agustín Iturbide estaba en un caballo negro impresionante que tenía pelaje que brillaba en el sol de la mañana cuando él y sus tropas aparecieron fuera de la hacienda de Santa Anna.

María Chávez vio al emperador y sus tropas entrar desde el balcón al lado de la habitación de Santa Anna y le habló al general ronqueador, quien estaba tomando una siesta después de disfrutar los placeres del cuerpo de María.

—¡General! —gritó y corrió hacia adentro de la habitación—. ¡Soldados están pasando por la entrada de la hacienda!

Santa Anna se levantó rápidamente y miró por las persianas. —Es el emperador —dijo con un poco de miedo.

Vistiéndose con rapidez, Santa Anna recibió a Iturbide enfrente de la casa principal unos minutos después.

—Qué sorpresa tan extraña, Mi Emperador —Santa Anna dijo con respeto cuando los dos hombres caminaban hacia la sala soleada dentro de la casa—. ¿A qué circunstancia le debo el placer de su visita a esta hacienda humilde?

—Recibí un reportaje inquietante de su superior, General Echávarri —dijo Iturbide con su coraje amontando—. Me dio los detalles del fiasco en Veracruz en Octubre.

—¿Lo llamó fiasco? Para los españoles era fiasco. Mis hombres valientes pudieron capturar a casi trescientos de los mejores soldados españoles de la fortaleza en el puerto. Estoy seguro que usted recibió mis reportes —respondió Santa Anna con poses.

—General Echávarri cuenta una versión muy diferente, General.

—Una versión diferente —repitió Santa Anna con una expresión desconcertada y falsa.

—Sí. Él dice que lo traicionaste y conspiraste con el General Lemaur. Dice que se escapó por un pelo de ser cautivo por los españoles, quienes por una manera u otra sabían exactamente dónde estaba, mientras las tropas que le prometiste nunca llegaron en el lugar determinado. Tengo todos los detalles aquí en la carta que me mandó después que se escapó.

—Mi Emperador, no puedo encontrar las palabras para responder a estos cargos absurdos. General Echávarri es alguien quien yo siempre he admirado mucho, señor. Es un gran comandante militar, y he tenido el honor de servir bajo su comandancia en el Estado de Veracruz. Pero, señor, debo decirle que por cualquier razón, General Echávarri no tiene todos los detalles de este incidente en particular. Capturamos a casi trescientos soldados españoles, señor.

—Ya sé eso, General —dijo el emperador con seriedad.

Santa Anna continuó, sin inmutarse. —Creo muy posible que hubo alguna incomunicación en el tiempo y el lugar de las tropas que iban a apoyar al General Echávarri. Pero, señor, fue mi ejército que forzó el retiro del General Lemaur a la fortaleza de San Juan de Ulua.

—Le digo, General, que ya sé eso —gruñó Iturbide.

—Mi Emperador —dijo Santa Anna, queriendo razón de seguir en la discusión—, quizás General Echávarri estaba celoso de nuestro éxito y tuvo vergüenza en su actuación durante el ataque por los españoles. No quiero acusar a mi superior de tal debilidad, Su Alteza, pero los eventos de Octubre en Veracruz era un gran éxito en defensa de su imperio. Mientras que General Echávarri no pudo atener éxito en su misión, era un gran día para usted, señor, y era un gran día para nuestro país.

Iturbide escuchó todas las palabras de Santa Anna. —General, he decidido asignarlo a un puesto nuevo efectivo inmediatamente. Reportará a la Ciudad de México ahora mismo —mandó el emperador.

—Sí, señor, Su Alteza —Santa Anna contestó obedientemente—. Partiré a la ciudad en unos cuantos días, si está bien.

—Sí, está bien, General —contestó Iturbide, un poco sorprendido por la obediencia de Santa Anna—. Cuando llegue a la capital, esperará mi regreso. Entonces, podemos hablar de su próxima tarea. Mientras, me quedaré en esta área y luego iré a Veracruz para que pueda evaluar la fuerza española en la fortaleza.

—No tiene que esforzarse, Su Alteza. Estaría contento en informarle en esa pregunta —ofreció Santa Anna—. Interrogamos a todos los prisioneros que capturamos durante el ataque fracasado del General Lemaur en Veracruz. Estoy contento de decirle que la fuerza de Lemaur en San Juan de Ulua ha sido reducida por mucho —añadió con satisfacción.

Iturbide partió de Manga de Clavo a la capital con la certeza que Santa Anna pronto arreglaría sus asuntos como comandante militar del estado de Veracruz y entonces iría a la capital como ordenado. Pero su fe sorprendente en un Santa Anna obediente pronto se revelaría como un error de juicio por su parte, condenándolo a fracasar.

Es más, aún saliendo de la hacienda para regresar a la capital, Iturbide empezó a arrepentirse en nombrar a Santa Anna el comandante militar de Veracruz. Mientras el estado Veracruz todavía tenía la casa de aduana lucrativa en el puerto del mismo nombre, Iturbide sospechaba que Santa Anna había tomado su posición militar y política como una invitación a tomar un porcentaje significativo de las tarifas acumuladas. Las amenidades impresionantes observadas en Manga de Clavo sólo servían a aumentar las sospechas que Santa Anna se estaba robando los ingresos de tarifas.

Con la guarnición española en San Juan de Ulua amenazando continuamente el transporte en el puerto, las tropas reales persistentes y efectivas, pero aun disminuidas, pudieron reducir la corriente robusta de artículos legales a un riachuelo en la ciudad de Veracruz. En ceder parte del ingreso, ya reducido por estos problemas políticos, a la corrupción de Santa Anna, Iturbide reconoció que había comprometido severamente el dinero de su estado. Iturbide pronto empezó a sospechar que Juan Estrada, el hombre encargado con las actividades diarias en la aduana, era un co-conspirador en el soborno desde el nombramiento de Santa Anna. Iturbide sabía que probablemente habían dos libros de operaciones en el puerto y supuso que uno era para Santa Anna y Estrada, y el otro era para mostrarle a cualquier ministro de Iturbide que los revisara. El emperador por fin entendió cómo estos dos hombres podían culpar el control de la guarnición española en el puerto por la disminución en los ingresos.

Iturbide esperó que todos estos problemas mejoraran cuando Santa Anna reportara a la capital para reasignación. Iturbide planeó en nombrar a un general más confiable, quizás José Antonio Echávarri, para personalmente asegurarse que todos los ingresos de tarifas llegarían a la hacienda del emperador en la capital.

Mientras, Santa Anna ya estaba pensando en su llamada a la capital, juntando unos soldados para su viaje a Veracruz el siguiente día. Con los hombres que se iba a llevar a Veracruz, el general también decidió llevarse al Padre Noriega. Ninguna explicación fue ofrecida, sólo la solicitud sencilla que el padre llevara un baúl personal para el viaje corto a Veracruz. Noriega acompañó al general en la carroza, y Santa Anna pronto les ordenó a los conductores que se apresuraran a Veracruz.

~~~~~

Francisco Moya entrecerró los ojos y tomó otra chupada larga de su cigarro. La brisa había empezado, y pronto se llevó unos anillos de humo lejos del patio donde instantáneamente se deshicieron en el aire. —No quiero interrumpirlo, Padre, pero si pudiera regresar por un momento, por favor: ¿cómo sabe qué transpiró en la reunión entre Iturbide y el Presidente?

El padre sonrió y tumbó las cenizas de su cigarro. —Diría que era mi curiosidad en descubrir de qué tenía que ver la reunión con mi misión reciente a Puebla y a la capital; pero, de verdad, es el hecho poco conocido que después de tener que escuchar numerosas confesiones personales crea en un cura unas tendencias pocas morbosas, como escuchar a escondidas habitualmente. Es un riesgo de la profesión...más para unos sacerdotes que otros —dijo Noriega y sonrió con su confesión torpe—. Estaba parado al lado de la puerta justo afuera de la sala —explicó—, y abrí la puerta para oír casi cada palabra. Las cosas más interesantes de la conversación ya las mencioné. El resto de la reunión fue pasada con Santa Anna dándole al emperador información detallada de lo que quedaba en la guarnición española en San Juan de Ulua, pero por supuesto la plática era mentiras por los dos lados.

—¿Mentiras por los dos? —preguntó Moya.

—Sí. Iturbide estaba allí en la hacienda bajo capa de preocupación por la fuerza de los españoles en San Juan de Ulua y la seguridad de Veracruz. Pero el deseo verdadero del emperador en ese tiempo era mandar Santa Anna a la capital, para poder neutralizarlo como amenaza política. El Presidente mientras estaba mostrando cooperación extraordinaria al beneficio del emperador para poder ir a la oficina de aduana en Veracruz y arreglar todo con las colecciones de las tarifas. También sospeché que Santa Anna todavía no había decidido si aceptaría la llamada a la capital. Y tuve razón porque pronto estaba acompañándolo en el viaje a Veracruz con el Presidente y por fin empezó a confiar en mí y decirme todo; mucho, a su ignorancia, yo ya lo sabía.

~~~~~

En la carroza que brincaba por el camino pedroso y no mantenido a Veracruz ese diciembre en 1822, Padre Noriega miró a Santa Anna por unos segundos después que el general le reveló todo de su conversación con Iturbide. Noriega consideró con asombro los ojos apagados y cómo rezumaban de su apariencia diminutiva y negra el sentido frío de inquietud. El efecto era mínimo, el momento muy breve; en realidad, antes que la discusión cesara, el sol entró por la ventana de la carroza una vez más, y otra vez sólo el sacerdote podía ver su reflexión en los ojos orgullosos y jóvenes del general. Aun la mirada era suficiente para el padre a seguir con su consejo y mantener la relación extraña que tenía con este hombre fascinante y complejo.

La carroza siguió brincando por el camino a Veracruz, y el padre negó un instante más con su respuesta.

—Quiere mi opinión, General —dijo el padre por fin.

—Sí, Marcelino—. Era la primera vez que había usado el nombre del padre.

—Pues, General, creo que el emperador ya no confía en usted, y será muy peligroso para usted cuando vaya a la capital.

—Pero, Marcelino, te dije que el emperador tiene una nueva tarea para mí —respondió el General, esperando oír la razón del padre.

—Eso es lo que dice el emperador, General, pero, creo que sus sospechas del emperador han sido confirmadas.

—¿Por qué piensas esto ahora, Padre?

—¿Por qué? Porque llegó sin aviso a su hacienda con un ejército grande de tropas armadas y ordenó su regreso a la capital.

—Por favor continúe, Padre.

—Quizás estoy equivocado, General, y el emperador sólo iba a mandarlo a otro puesto, señor, pero, en mi opinión, es más probable que esperaba un poco de una pelea de usted cuando llegó aquí al estado de Veracruz. Creo que cuando vaya a la capital, usted va a ser encarcelado y puesto en juicio. No será difícil para él tener cargos contra usted allí. Y ya sabe, General, cuando lo tenga en posesión con toda la fuerza de la monarquía en la capital, él estará en control. Con lo que ya sabemos del emperador, él está en una posición débil en este momento. Quizás esto es una señal que piensa eliminar a éstos que considera amenazas políticas o militares.

—Quizás —afirmó el general con la cabeza.

Los dos hombres permanecieron en silencio por unas millas. El padre empujó con sus manos los cojines suaves y admiró las telas suaves y carmesíes del interior de la cabina. Noriega se encontró deseando que hubiera querido estar en esta carroza tan cómoda en el viaje a la capital. La diferencia entre la carroza y su diligencia de mula era extraordinaria. La carroza manejaba los brincos en el camino suavemente comparado a la diligencia rígida en que él y Francisco habían viajando.

—Tengo una misión para usted, Padre —dijo el general por fin.

—Sí, General.

—Quiero que hable de la política con el clérigo en Veracruz cuando lleguemos. — Metiendo la mano a su bolsa, Santa Anna le dio al Padre Noriega un puñado de pesos—. Sé que esto no es mucho, Padre, pero es un principio. Cuando llegue, quiero que les ofrezca esto a los dignatarios en Veracruz para mí y mida su reacción. También me gustaría saber lo que la jerarquía de la Iglesia piensa de esta monarquía como una forma de gobierno. Tengo que decirle, Padre, que General Guadalupe Victoria estaba en la hacienda cuando usted regresó de la capital hace unos días —admitió—. Me pidió ayuda en montar una insurgencia contra Iturbide. Victoria cree es lo mejor para los intereses a largo plazo terminar con esta monarquía y en vez formar una república. Quisiera saber lo que la Iglesia piensa de esta idea.

—Haré lo que puedo en juntar información, General, pero no creo que la Iglesia quiera tomar lados en una rebelión o una guerra civil.

—De todos modos, quiero que examine las actitudes del clérigo en Veracruz.

—Como quiera. Cuando lleguemos a Veracruz, por favor lléveme a la Iglesia de San Francisco. Mi amigo, el Padre Enrique Cervantes, probablemente está en esa Iglesia. El Padre Cervantes es uno de los más educados y astutos que conozco en todo México, General.

Santa Anna escuchó intensamente. —¿Cuánto tiempo ha conocido al Padre Cervantes?

—Lo conozco por ya muchos años. Como dije, es un hombre muy educado y ha viajado mucho. Ha vivido en Europa y ha estudiado economía, política, literatura, y otras disciplinas bajo la tutela de comerciantes y eruditos.

—Parece que tiene mucha confianza en el intelecto y el entrenamiento de este hombre como pensador.

—Su conocimiento del comercio fue desarrollada antes de entrar al seminario.

—Creo que sus opiniones sí van a valer algo entonces —observó Santa Anna.

—Más que nada, General. Padre Cervantes es un pensador independiente. A pesar que esta tendencia acortó su oportunidad en avanzar en la Iglesia, es perpetuamente curioso e informado. También me ha dicho en varias ocasiones cómo no le interesan planes ambiciosas

para su carrera eclesiástica. Si alguien en el clérigo de Veracruz nos puede dar un sentido objetivo de las actitudes generales, sería el Padre Cervantes.

Santa Anna asintió. Cuando la carroza hizo alto por agua unos minutos después, el general les instruyó a los conductores que pararan primero en la Iglesia de San Francisco cerca al puerto en Veracruz.

## Capítulo Trece

~

### El Mundo Según Cervantes

Con el puerto más viejo y más significativo en la historia de la costa oriental de México, la ciudad de Veracruz tenía la posición envidiable de ser el puerto con el derecho exclusivo al comercio extranjero durante la época colonial, aunque este derecho exclusivo era sólo una distinción legal. El acto de admitir contrabando se desarrolló como la industria más grande de México en reacción a las restricciones de la Corona en comercio. Pero setenta y cinco por ciento de toda la plata mandada a España durante la época colonial pasó por Veracruz.

Hasta mercancías de intercambio llegando a Acapulco en la costa Pacífica de México fueron mandadas por el país a Veracruz, si el destino final era España. Veracruz era la entrada legal a Nueva España para todos los artículos llegando del país viejo o de otro lugar en Europa.

La población de pájaros en Veracruz también impresionaba a visitantes. Zopilotes, buitres negros enormes, dominaban los techos y bajaban a las calles a cualquier tiempo del día. En adición a los prisioneros de las cárceles que de vez en cuando eran ordenados a limpiar las calles, los pájaros mantenían las calles libres de basura.

Originalmente, los edificios en la ciudad de Veracruz eran hechos de madera. Pero, incendios habían quemado todas las estructuras varias veces desde la llegada de Hernán Cortés. Eventualmente, el puerto cargado con coral fue raspado y minado repetidamente veces por recursos de construcción, y entonces casi todos los edificios de la ciudad fueron construidos con fundaciones de coral.

Cuando la carroza llegó en Veracruz a la Iglesia de San Francisco, el Padre Noriega se bajó y jaló su baúl hacia el escalón de la iglesia.

Santa Anna se asomó por la ventanilla. —No sé precisamente cuándo voy a regresar. Espéreme aquí en la iglesia.

El padre afirmó, y Santa Anna le instruyó al conductor a continuar al puerto. Santa Anna no estaba seguro qué hacer con el balance del día, pero sabía sin duda que desde el puerto mandaría inmediatamente a un mensajero en barco a San Juan de Ulua para comunicarse con el general español, Francisco Lemaur.

Cuando la carroza estaba en la distancia, el Padre Noriega entró a la iglesia. La iglesia estaba vacía, y el sol del día nublado sólo permitía un interior iluminado oscuramente que poco a poco se pintaba con los colores de verdes y rojos oscuros y azules solemnes de las vidrieras. Noriega fue al altar y tomó la oportunidad de orar y se quedó en meditación por varios minutos antes de sentarse en un banco y leer las Escrituras.

Después de una hora de oración y devoción a su Biblia, Noriega por fin oyó ruidos de atrás. Cerró su Biblia y entró la oficina de atrás donde su buen amigo, el Padre Enrique Cervantes, había llegado y estaba preparando a trabajar en su escritorio.

—¡Marcelino! —gritó el Padre Cervantes cuando vio Noriega aparecer en la entrada—. ¿Qué sorpresa tan inesperada! ¿Qué te trae aquí, amigo? —preguntó, yendo hacia Noriega por un abrazo de bienvenida.

Un hombre guapo con ojos claros expresivos y pelo castaño, el Padre Cervantes medía casi seis pies y miraba a su amigo viejo con la cabeza un poco bajada.

—Qué gusto verte otra vez, Enrique —sonrió Noriega—. General Santa Anna tiene negocio aquí en Veracruz, y me pidió que lo acompañara y hablara contigo.

—Santa Anna está aquí, ¿eh? Bueno, mi amigo viejo, ¿cómo va todo ya que estás trabajando para el general?

—Ah, bien. Ya deber de saber, Padre, el general está fincando una parroquia cerca a Xalapa, donde puedo servir a Nuestro Señor.

—Entonces, Marcelino, vas de subida en la Iglesia. Muy bien para un sacerdote mestizo que comenzó su carrera en un pueblito —bromeó Cervantes—. Dime, ¿cómo va la construcción de la parroquia, Padre?

—Un poco lento en este momento, Enrique. El general ha estado ocupado con asuntos muy importantes.

—Asuntos importantes, ¿eh?

—Sí, Padre. Es más, el emperador visitó Manga de Clavo el otro día, y ha llamado a Santa Anna a la capital para una nueva misión.

—Llamado por Agustín personalmente —dijo Padre Cervantes con preocupación—. ¿Qué será la siguiente tarea para Santa Anna?

—Nosotros no sabemos —dijo Noriega con caución. Confiaba en Padre Cervantes pero no quería expresar sus sospechas que el futuro de Santa Anna podría ser tenue si los órdenes de Iturbide eran obedecidos.

—¿Nosotros? —repitió Cervantes—. Parece que tú y Santa Anna son muy amigos, Padre.

—Sí. El general parece tener respeto para mis puntos de vista —dijo Noriega, terminando esta discusión—. Enrique, ¿puedo hacerte unas preguntas, amigo?

—¡Marcelino! Sabes que puedes preguntarme de lo que sea. Tú eres mi amigo, y me encanta dictar. —Cervantes hizo pausa—. Sabes, Marcelino, yo he observado ya por mucho tiempo que tú eres un sacerdote muy raro.

—¿Raro?

—Sí. Tú eres raro porque respetas tus votos sagrados, y entiendes tus responsabilidades primarias como un hombre de Dios más que nadie que conozco.

—Exageras casi todo de mí, Enrique, pero sabes como alabarme en mi camino con Dios. —El tono de Noriega entonces cambió—. Padre, las preguntas que le voy a hacer tienen que ser confidenciales. No quiero que nadie sepa que le pose estas preguntas.

—Por supuesto, Marcelino. No sé lo que me vas a preguntar, pero estaría contento en contestarlo si puedo; y esta conversación también quedará en confianza, como quieres. Será como una confesión, Padre.

—Gracias, Enrique —dijo Noriega con descanso—. Primero, Santa Anna está preocupado de la estructura del gobierno en México desde la independencia, Padre. Él y muchos otros en el ejército están fastidiados en cómo el emperador ha tomado el poder del Congreso y la manera en cómo ha manejado los asuntos económicos del país. El general se está preguntando qué está diciendo la gente aquí en Veracruz de este concepto de la monarquía nativa.

—Supongo que depende a quién le preguntas.

—¿Qué de los oficiales de la Iglesia? —Noriega preguntó y se movió en su asiento.

—No andas de rodeos, Padre. Ahora, me toca a mí pedir confidencialidad, Padre. No quiero que mis respuestas de hoy sean asignadas a mí. Lo que yo le voy a decir, le digo en anonimato, amigo.

—De acuerdo.

Cervantes se levantó de su escritorio, se asomó en la entrada de su oficina en ambas direcciones, y cerró la puerta detrás de él antes de regresar a su asiento. —Marcelino, la estructura del gobierno en nuestro país no es la preocupación principal del liderazgo de la Iglesia. Ya sabes, la jerarquía de la Iglesia estaba opuesta a la Independencia. Es crítico reconocer que la Iglesia desea statu quo más que nada. Te das cuenta, amigo, la ironía que aunque estaba opuesta a la independencia, la Iglesia ahora tiene más poder político y económico en México que antes de la revolución. Por cierto, el arzobispo en la capital se siente muy afortunado en la manera en como independencia ha desarrollado hasta ahora, y creo que quiere mantener las cosas así como están en este momento.

—Pero, ¿qué de las opiniones de los sacerdotes en las afueras, Enrique?

—Tú quieres decir las opiniones de la gente como tú y yo, Marcelino. —Ambos sonrieron—. Más que nada, creo que los sacerdotes en los pueblos y en las parroquias más pequeñas no son sensibles a la política. Entienden como tú, mi amigo, que nuestro deber es servir a Nuestro Señor. Por supuesto, la situación es mucho más complicada. Nosotros que tenemos nuestras opiniones de la política también sabemos muy bien que no formamos la política de la Iglesia. Todos sabemos que la Iglesia Católica no es una democracia, ¿verdad?

Noriega asintió. —¿Y la gente fuera del clérigo aquí en Veracruz, Padre? ¿Qué piensas de sus actitudes hacia esta monarquía nueva?

—Otra vez, Marcelino, todo depende en sus profesiones y sus vidas. Los indígenas y los mulatos por mayor parte son ignorantes y analfabetos. Con sus existencias pobres y rurales, no son permitidos los recursos a formar sus propias opiniones políticas. Dudo que un cuarto de ellos sepan que México ahora es independiente, y probablemente ni saben dónde precisamente la autoridad política estaba antes de la independencia. En contraste, los gachupines y criollos ricos por aquí apoyan la monarquía como la jerarquía de la Iglesia la apoya. Esta gente quiere que sus privilegios continúen, y tienen sus sospechas del liberalismo que está difundándose por Europa y los Estados Unidos.

—Sí, liberalismo —preguntó Noriega con incertidumbre—. Profeso ignorancia en relación con el sentido de esta palabra cuando personas mencionan el liberalismo nuevo.

—Pues, es un concepto nuevo aquí —sonrió Padre Cervantes y llenó unos vasos para los dos—, y también es un poco complejo. En Europa, hay tantos eruditos y comerciantes que están cansados de ser dominados por los monarcas y el liderazgo de la Iglesia.

—No hay muchos eruditos en México —observó Noriega.

—Hay más eruditos aquí que piensas, Padre; según los varios dignatarios, comerciantes, y eruditos con quienes yo he hablado. Han ocurrido grandes cambios políticos en Inglaterra y Francia en los últimos años, y esos cambios están teniendo un efecto aquí. Mientras que la Corona Española todavía se aferra desesperadamente al poder de Fernando Séptimo que por fin retomó cuando Napoleón fue derrotado, la monarquía está cambiando rápidamente para acomodar estos liberales agresivos y reformistas en España.

—¿De qué tipo de reformas estás hablando, Enrique?

—En Europa, los eruditos que han estado luchando para igualdad social y justicia verdadera en comercio ahora están apoyados por una nueva riqueza. Por todo Europa comerciantes están estableciendo nuevas fortunas al desarrollar el comercio, mejorar las mercancías, y distribuir servicios. Estos nuevos comerciantes se han cansado de las barreras sociales artificiales, como patrimonios, que separan a la gente de las oportunidades más básicas. Están cansados de las barreras puestas por las monarquías y el liderazgo de la Iglesia que previenen la habilidad de los comerciantes a aumentar su prosperidad. Sin duda, los eruditos liberales lamentan filosóficamente la concentración de riqueza en las manos de esos nacidos en

privilegio pero los pobres siguen sufriendo, como siempre. Entonces la comunidad de comercio agresiva en Europa y en los Estados Unidos está buscando libertad no regulada para cambiar y prosperar, y están ganando.

—¿Es la misma actitud de los liberales y la riqueza nueva en Veracruz?

—Eso es quizás una simplificación, Padre. Yo pienso que los intelectuales en Veracruz odian al Emperador Iturbide tanto como la idea de una monarquía, y a los comerciantes menores y a los abogados tampoco les gusta la idea de una monarquía. Pero, muchos de los comerciantes criollos están satisfechos con los arreglos actuales en México.

—¿Y qué de los gachupines?

—Ah, los gachupines —suspiró Cervantes—. Eso es un problema muy grande en México, Padre.

—¿Los gachupines todavía son parte del problema? ¿Desde la independencia?

—Sí, Padre, pero no se olvide que yo, también, soy gachupín —sonrió Cervantes.

—Disculpe, Padre. No quería implicar que tú en particular eres un problema.

—No te preocupes. No soy un gachupín típico. Como tú, Marcelino, concluí hace muchos años que no vale la pena juntar tesoros de este mundo; aunque yo podía haber aprovechado de mi patrimonio. Pero vamos a regresar a la primera pregunta que me posaste, amigo.

Noriega asintió y tomó un sorbo de agua. —Se me olvidó qué era —se rió con un poco de vergüenza.

—Fíjate bien —Cervantes dijo con una nueva énfasis en su voz—. Los gachupines estado huyendo México rápido. Ahora, son un objetivo político conveniente para todos los otros grupos, porque han disfrutado de sus patrimonios bajo la Corona por más de trescientos años. Y porque son odiados por sus posiciones, nadie dice nada cuando Iturbide y sus generales toman control de las propiedades de gachupines. Por medio de confiscación directa, se enriquecen.

—Sí, he visto las confiscaciones.

—Es más, sospecho que tu buen amigo Santa Anna ha participado en las confiscaciones a costa de los gachupines.

Noriega movió la cabeza en tristeza. —¿Puedes resumir qué significa esto para la monarquía, Padre? No entiendo por qué la partida de los gachupines y el maltrato de los que faltan es un problema tan grave para México.

—México no es Europa, amigo. México no es los Estados Unidos tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—Europa se ha desarrollado hacia el liberalismo por medio de revolución. No como aquí en México, el poder de la Iglesia Católica ha sido reducido en la mayoría de Europa Occidental. En Europa, el poder de las monarquías ha disipado a veces en paz pero más bien después de un conflicto sangriento. Y con los Estados Unidos, la monarquía inglesa también fue rechazada hace cincuenta años después de muchos años de revolución. De verdad, los hombres norteros con quienes yo hablo me dicen que los Estados Unidos fue establecido, más que nada, como resultado de una sublevación contra los impuestos de la Corona Inglesa?

—¿Una revuelta de impuestos? ¿Es cierto?

—Sí, bastante cierto. Es que, Padre, los coloniales ingleses en los Estados Unidos rechazaron el sistema entero de subyugación forzado en ellos por su monarca. El liderazgo en los Estados Unidos independientes consideró brevemente pero pronto rechazó la idea de crear una monarquía después de ganar su independencia de Inglaterra. Pero, otra vez: México no es los Estados Unidos. La Corona de Inglaterra nunca ha sido como la Corona de España. El comercio en Nueva España fue controlado por la Corona en una manera que ni intentes entender si no examinas y comprendes la existencia de sistemas menos cargados en otros imperios coloniales

en el Hemisferio Oeste. Como con los Estados Unidos: las actividades de comercio no eran tan reguladas o controladas por la monarquía inglesa como esas mismas actividades en Nueva España bajo los españoles. Los ingleses nunca controlaron los Estados Unidos de verdad, porque los comerciantes americanos fueron permitidos a hacer negocios basados en su habilidad y sus energías, y no en sus alianzas políticas con la monarca inglés y sus administradores.

—¿Y la Iglesia en los Estados Unidos? —preguntó Noriega.

—¡Ah sí la Iglesia! —contestó Cervantes—. En los Estados Unidos, la Iglesia Católica nunca fue tan poderosa. Pero, en México, la Iglesia no es solamente una institución espiritual pero también una institución política con mucho poder económico. En los Estados Unidos, la Iglesia Católica es sólo una de muchas instituciones religiosas. La Iglesia Católica en los Estados Unidos no tiene tanto poder allí como aquí.

—¿Cómo es que la Iglesia es tan diferente en los Estados Unidos?

Cervantes sonrió. —Una razón: no existe nada como los diezmos obligatorios.

¿Entiendes la riqueza y el poder enorme que diezmos obligatorios crean para la Iglesia en México, Padre?

—Supongo que nunca pensé de tales cosas hasta ahora, Padre —admitió Noriega.

—Otra cosa, Marcelino: hay iglesias protestantes por todos lados al norte de nuestras fronteras.

—Perdone, Padre, pero sigo confundido. ¿Qué tiene que ver toda esta discusión de Europa, los Estados Unidos, las iglesias protestantes, y los diezmos obligatorios con la monarquía aquí en México?

—En una palabra: fracasará —contestó Cervantes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Hay muchas cosas que me aseguran, Padre. El primero es la diseminación de liberalismo por todo el mundo. México ha dilatado este fenómeno por el momento, pero liberalismo es una filosofía moderna —encogió los hombros y luego añadió como si fuera una conclusión firme—. Llegará aquí, también, muy pronto.

## Capítulo Catorce

~

### El Plan de Casa Mata

Hubo unos golpes fuertes en la puerta de la oficina del Padre Cervantes y luego un grito de otro sacerdote.

—¡Padre Cervantes! ¡Padre Cervantes! —gritó el Padre Alba con urgencia—. ¿Está allí, Padre?

Cervantes brincó de su silla y pronto abrió la puerta. —Sí, Padre, ¿qué pasa?

—¡Es el General Santa Anna! —exclamó Alba, respirando fuerte—. ¡Ha declarado una república para México!

—¿Ah sí? —dijo Cervantes estoicamente y miró a Noriega.

—Padre Alba, le presento al Padre Noriega —introdujo Cervantes a los sacerdotes. Noriega y Alba se saludaron.

—¿Cómo sabe de estas noticias? —le preguntó Cervantes al Padre Alba.

—El general tiene a sus tropas con él en la plaza en este momento. Mandó a sus soldados por la ciudad a juntar a la gente. Uno de los soldados habló conmigo y me dijo que fuera a la plaza a oír al general hablar. Pronto después que llegué, Santa Anna hizo su declaración en un discurso. Y todavía está hablando.

Noriega y Cervantes se voltearon a ver un al otro.  
—Vamos a oír el resto de este discurso —dijo Cervantes.

Cuando los sacerdotes caminaron entre la muchedumbre ruidosa hacia el centro de la plaza, vieron que Santa Anna había reunido a casi cuatrocientas tropas con él. Noticias de su llamada por el Emperador Iturbide todavía no les habían llegado a las tropas en la costa, aunque circulaban rumores entre los oficiales que un nuevo comandante del estado de Veracruz sería nombrado pronto.

El discurso había terminado cuando llegaron los tres sacerdotes, pero muchos de los ciudadanos que habían oído la declaración todavía estaban cerca. Los sacerdotes escucharon a algunos de los ciudadanos platicando sobre el discurso. Algunos expresaron su apoyo para Santa Anna, mientras otros dijeron poco y hasta mostraron escepticismo o desinterés en sus caras nubladas con dudas.

Santa Anna vio a Noriega y a su compañero del clérigo acercándose y partió del grupo de soldados. Se acercó a Noriega con una sonrisa en su cara: —Padre, debemos hablar en privado.

Noriega pronto introdujo al general y los Padres Cervantes y Alba antes de apartarse lejos del gentío.

Santa Anna miró a Noriega, y el padre lo miró sin decir nada. Noriega esperó una explicación del general. Por fin, el sociable Santa Anna no pudo aguantar el silencio.

—Pensé en lo que me dijo, Padre —ofreció.

—¿De verdad? —dijo Noriega con una mirada confundida.

—En relación a regresar a la capital según los órdenes de Iturbide; decidí que tenía razón. Podría ser peligroso.

—¿Y esto? —dijo Noriega, mirando alrededor de ellos.

—Sí, Padre, esto también es peligroso, pero el país está listo.

—¿Está seguro, General? ¿Gustaría oír mi reporte con respecto al clérigo?

—¿Su reporte?

—Me pidió que le reportara después de hablar con el Padre Cervantes aquí en Veracruz.

—Por supuesto, Padre —asintió el general—. Como ya sabe, las cosas han desarrollado muy rápido para mí desde mi llegada. Me gustaría oír su reporte de su discusión con el Padre Cervantes, pero ahora no tengo tiempo. Hay mucho que hacer para la república nueva.

Noriega no expresó convenio ni su desilusión.

—Padre, tengo otra misión para usted.

—¿Sí, General? —contestó Noriega y se dio cuenta que no estaba en una posición de negarle servicio al general.

—Quiero que siga juntando información para mí. Pero, esto puede ser la última vez que nos vemos por unas semanas.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que sea asociado conmigo en este momento. Sería peligroso para usted tomar lados en las batallas que vienen. Tendrá que quedarse neutro, por lo menos en las apariencias.

Noriega no pudo esconder su sonrisa. El encanto seguro del hombre lo hacía imposible de odiar.

—Averigüé para usted hoy, General, pero no tiene ningún interés en lo que encontré —dijo Noriega con tono de frustración.

—Vamos, Marcelino. ¿Qué información tienes para mí?

—Nada —negó Noriega—. Nada que importa ya que has declarado una república para México. A propósito, ¿puede prestarme un caballo, General?

—Sí, Padre. Es más, puedo darle algo mejor. Le prestaré mi carroza.

—¿Cómo comunicaremos cuando le tengo información importante, General?

—Me puede escribir. Trate de escribir sus letras en código si puede; pero cuando tenga algo importante de comunicar, escíbame una carta y mande a un emisario con la nota entre las páginas de una Biblia. Dirija sus cartas a Francisco Moya, en caso que su mensajero sea capturado. Sospecho que nuestro emperador glorioso se va a desesperar en cuanto este inicio de la república lo ahogue —dijo Santa Anna.

—¿Tiene apoyo fuera de estas tropas aquí en Veracruz? —preguntó Noriega.

—Espero que Guadalupe Victoria apoye el Plan de Casa Mata —dijo el general con un poco de satisfacción.

—¿Por qué estas tan seguro?

— Juntos escribimos y firmamos el plan en Manga de Clavo no hace mucho.

—¿Habrá otros que apoyan a usted y al General Victoria?

—¿Qué crees? —preguntó Santa Anna.

—Creo que habrán otros. Liberalismo está difundándose en este hemisferio.

—Sí, liberalismo...Acuérdeme aprender más de esta filosofía un día. Me gusta aprender, Padre, pero sólo si no tengo que leer un libro. Sólo he leído un libro en toda mi vida, Padre.

Noriega no se atrevió preguntarle qué libro. Sólo esperaba que fuera la Biblia.

Uno de los oficiales de Santa Anna llegó con los dos hombres. —Debo de partir, Padre —dijo el general—. Por favor, ore por mí así como oró por mis gallos. —Lo miró con su sonrisa contagiosa.

—Dios lo cuide, General —dijo Noriega en voz baja. Sonrió dentro de él mismo, suspirando a la falta de comprensión en el General que la voluntad de Dios siempre sobrepasa; que más bien se esconde, clandestina, en una esquina oscura del universo estrellado, lejos de los deseos simples de hombres, aunque sean apasionados, peleantes, o ambiciosos. Todavía pudo decir el sacerdote: —Rezaré por la voluntad de Dios.

Santa Anna había mandado un mensaje a la fuerte de San Juan de Ulua temprano ese día pidiendo ayuda de los españoles. La respuesta del general de brigada fue inmediata y positiva.

Santa Anna luego ofreció compartir el aumento de ingresos de tarifas si el general español permitiera barcos entrar y salir del puerto sin agresión. Lemaur pronto se puso de acuerdo.

Santa Anna mandó una nota final a anochecer al General Lemaur indicando que deberían reunirse ya cuando Xalapa fuera capturada. Otra vez, Lemaur confirmó.

Noriega regresó a donde el Padre Cervantes y el Padre Alba estaban parados después de terminar su conversación con Santa Anna. Los sacerdotes lo miraron inquisitivos pero no dijeron nada.

—Debemos ir a la iglesia y orar por nuestro país —por fin dijo Noriega. Cervantes y Alba afirmaron con la cabeza en silencio, y los tres padres empezaron a caminar por la plaza y a la Iglesia de San Francisco.

## Capítulo Quince

~

### En Camino a Xalapa

Las últimas pulgadas del cigarro todavía humeaban, subrayando la pausa en el último episodio recapitulado del padre con un brillo azul. Moya miró a Noriega atentamente. —Sabe, Padre, todos en la hacienda se preguntaban por qué se desapareció por tanto tiempo después que usted y el Presidente se fueron a Veracruz cuando declaró una república. Nos preguntamos si había desertado al general.

Noriega sonrió. —Había pensado de eso, amigo.

—¿Por qué no se fue? Supongo que sabía que el Presidente derrotaría a Iturbide, ¿verdad?

—No. No sabía si iba a salir por delante.

—Estoy curioso entonces. ¿Qué hizo después que dejó al Presidente en Veracruz?

—La primera cosa que hice fue orar.

—¿Por qué rezó? ¿Por la victoria de Santa Anna?

—No, amigo, ore por el consejo del Señor.

—¿Consejo del Señor? Entonces, ¿no oró por la victoria del Presidente?

—La victoria o la derrota de Santa Anna no era la primera cosa en mi mente

—¿No?

—Yo sirvo a Nuestro Señor, amigo, y las Escrituras me dicen que Nuestro Señor tiene otras que hacer que involucrarse en las batallas políticas de muchos seres humanos. No, mis oraciones buscaban la voluntad de Dios para *mi propio ser* en el asunto.

—¿La voluntad de Dios para usted? —preguntó Moya, todavía confundido.

—Sí, mi amigo. Cada uno de nosotros debemos buscar la voluntad de Dios en nuestras vidas. Quiero decir que cada uno de nosotros debemos buscar el sentido en lo que el Señor nos pide. Ya sabía que si era la voluntad de Dios, entonces Santa Anna ganaría contra sus oponentes políticos y militares. Lo que yo quería saber de Nuestro Señor era qué quería que yo hiciera para dirigir mi camino con Él, para ganar contra mi enemigo.

—Pero no tiene enemigos, Padre. Todos que lo han conocido lo admiran.

—Tú eres muy bueno, Francisco, pero un poco ingenuo. Yo tengo el mismo enemigo que todos: el Diablo. Pero esta batalla con maldad ha estado ocurriendo por toda la historia. Una gente le da nombres diferentes a la maldad: homicidio, avaricia, esclavitud, robo, gula, lo que sea. Nosotros en la Iglesia lo llamamos lo mismo. El Diablo. Entonces le pedí al Señor que me guiara por esta situación nueva en mi vida para poder seguir caminando con el Señor en oposición a esas fuerzas.

—Por supuesto, Padre —dijo Moya con una sonrisa débil—. Qué tarugo de mí.

—La oración más sencilla siempre es la mejor, amigo. Todos tenemos tiempos donde olvidamos preguntarle al Señor que nos libre de tentación, y mi temor era que Santa Anna podría ser una tentación para evitar. Pero, después que oré, decidí ayudarle al Presidente. Recibí por medio de mis oraciones un sentido que llegaría a una posición mejor para salvar almas si me quedara y siguiera a ayudarle al Presidente.

—¿Permaneció en Veracruz mucho tiempo después de salir de la hacienda con el Presidente? Parecía que sí; no celebramos Misa en la hacienda por muchos meses. Creo que ni estaba durante la Navidad ese año.

Noriega chupó su cigarro una vez más y lo apagó. —Me quedé en Veracruz por dos meses, amigo, desde los primeros de diciembre de...¿qué año fue? Ah, de diciembre de 1822 hasta las primeras semanas de febrero de 1823. Pasé mucho tiempo con el Padre Cervantes.

—¿Y Santa Anna derrotó a Iturbide pronto después, Padre?

—No, amigo, no pronto. Hubo atrasos para el Presidente al principio.



—¿Tiene hombres para llevar mi mensaje, Coronel? —Santa Anna le dijo con impaciencia al Coronel Roberto Zamora. Zamora estaba al nivel de ojos con el general y orgullosamente se mantuvo firme a pesar de su rango y las cicatrices de acné en su cara. Los dos hombres estaban parados en el puerto de Veracruz, cerca del mar espumoso durante la primavera de 1823.

—Sí, General. He escogido a los mejores jinetes en la división. Se pondrán ropa de campesino, como pidió usted, y cada uno cargará un mensaje al comandante militar de cada estado. Dentro de unas semanas, todo México sabrá del Plan de Casa Mata.

—Esperamos que nuestros hermanos por el país estén dispuestos a tomar armas para la libertad —dijo Santa Anna.

Zamora lo animaba. —Creo que descubrirá, General, que hay mucho apoyo para su declaración de una república en nuestro país. Muchos de los liberales se enojaron con Iturbide después que realizó esa charada en la Ciudad de México donde exclamó que las masas lo habían nombrado «emperador». Ahora que ha castrado al Congreso y hecho excusas por no pagarles a sus soldados, creo que encontrará su apoyo muy débil durante su batalla por una república.

—Quizás, Coronel. O quizás nos vamos a la batalla de nuestras vidas.

Unos días después, Santa Anna se estaba subiendo a otro de sus caballos blancos pero no menos hermoso mientras avanzaba con sus soldados; la mayoría de ellos eran conscriptos que pudo juntar para formar un ejército en Veracruz. El general y sus hombres se dirigieron a Xalapa, donde Santa Anna tenía planes de tomar la ciudad que quedaba al oeste de su querida hacienda por asalto.

Cuando el general llegaba a la región conocida como el Plan del Río en el Camino Nacional, uno de los exploradores regresaba a pie. Un soldado menor llevó al explorador al general.

—Este hombre tiene información de valor para usted, señor —ofreció el Capitán Jaramillo.

Santa se bajó de su caballo blanco y miró al explorador en los ojos. —Agua —el general ordenó—. ¡Pronto!

Uno de los conscriptos indígenas encargado del agua apareció casi inmediatamente con una taza de barro llena para beber. El indígena pronto después se escabulló con la jarra de agua y la taza vacía, y Santa Anna se limpió la boca.

—Entonces, señor —dijo el general regresando su mirada al explorador—, ¿qué información tiene para mi?

El explorador, también un nativo, estaba fascinado por un momento de la presencia y la grandeza del uniforme y las medallas de Santa Anna. También sintió rencor con la sequedad en su boca que hubiera gozado de una bebida de agua también. Entonces habló con una garganta polvorienta por medio de un intérprete: —Hay soldados más adelante en Plan del Río.

—¿Cuántos? —preguntó el general.

El explorador se negó, y el intérprete improvisó. —Parece que son un sólo ejército del los Granaderos Imperiales, General.

—Granaderos Imperiales, ¿eh? Se supone que éstos son una de las tropas más elites, Capitán —le dijo a Jaramillo.

Jaramillo confirmó con un movimiento de la cabeza. Era un hombre alto con ojos oscuros y cabello negro undulado que brillaba en el sol.

—¿Cree que si los sorprendemos considerarán reunirse con nosotros? —preguntó Santa Anna.

Jaramillo reflejó en la pregunta brevemente. —Es posible, General. Si podemos sorprenderlos, y si no quieren reunirse con nosotros, sabrán que estamos en una posición para matarlos.

—No los quiero matar, Capitán. Quiero crear un éxito inicio para la voz de la república que tenemos. Cadáveres crean a enemigos. Pero quizás como éstos en la capital, estos soldados no han sido pagados por tiempo y están buscando a nuevos amigos.

—Si los agarramos desprevenidos, General, creo que entonces podemos crear incentivos para que se unan con el lado republicano.

—Vamos a esperar hasta la siesta esta tarde, Capitán. Cuando estos Granaderos Imperiales se duerman, trataremos de tomarlos de sorpresa. Sospecho que entenderán la futilidad de su posición. También quiero que todos los hombres alcen su fuego hasta que yo dé el mandato de disparar —ordenó Santa Anna—. Vamos a recuperar un poco de fuerza para este ejército sin derrame de sangre, ¿entiende?